

ALFREDO PEÑA RÍOS

RECUERDOS
DEL MUCHACHO

1956

IMP. «MODELO»

MURCIA 4295 - LO VIAL

ALFREDO PEÑA RIOS

RECUERDOS
DEL MUCHACHO

1956



Cumplo, al escribir estas líneas sobre José Federico Sluven Ureta, una promesa hecha a sus familiares.

Este trabajo está inspirado en el recuerdo de su alma buena y radiante. "El Muchacho" la supo reflejar en todos los ambientes que actuó.

Esta Biografía fué hecha con la colaboración del recuerdo, de sus familiares, amigos y conocidos. Ellos aportaron las anécdotas y los sucesos de su niñez.

Rendimos, al editar estas páginas, un homenaje al niño bueno, al alumno entusiasta y al amigo sincero.

ALFREDO PEÑA RÍOS

PROLOGO

¿Qué se podría escribir sobre la corta vida de un muchacho de 14 ó 15 años? ¿Qué acciones de heroísmo? ¿Qué empresas? ¿Qué realizaciones puede contar en su favor su biografía? Sin embargo, una vida sobre la cual se posó, la mirada escogedora de Cristo, tiene siempre algo que la diferencia de las demás.

Estas páginas no son una novela: es la historia de una adolescencia. Edad de las simpatías ardientes, de la generosidad y de la entrega. Edad en que se está más dispuesto a sacrificar la propia vida por una causa grande y ello con la sonrisa en los labios. Edad en que se siente un corazón amplio como el universo y energías suficientes para conquistar el mundo. ¡La edad más desinteresada de la vida! El espíritu de aventura lo orienta todo.

Cada adolescente tiene su temperamento particular, sus caracteres especiales que hacen de él un ser único. Dios no crea los hombres en serie. No hay en el bosque dos hojas iguales. Mucho menos hay dos adolescentes iguales.

El autor en "Recuerdos del muchacho" pasa revista a los rasgos y anécdotas de la vida de un adolescente: JOSE FEDERICO STUVEN.

Le conocí en el Colegio de San Ignacio y tuve la satisfacción de tratarle íntimamente. Cuando me contaba con su espontaneidad característica sus alegrías y anhelos, sentí, ante la inocencia y pureza de su alma, un estremecimiento de hondo respeto. No era ya un niño ni era todavía un hombre. Vivía el instante de las alegrías frescas, ingenuas y desbordantes. José Federico comenzaba a vivir la época de los ideales juveniles y arriesgados. Corto fué el camino de su vida; pero esa trayectoria inicial nos muestra ya el pensamiento de algo grande, por eso su primer deseo fué agradar a Jesucristo y su primera ocupación, trabajar por El.

No pretende el autor al poner de relieve las cualidades de José Federico Stuvén, exagerar nada de su vida, ni ocultar sus defectos que como todo muchacho tenía y trataba de superar. No hay una línea en este libro que no esté dictada por la más viva simpatía. Es un recordar los instantes de la vida de un muchacho en cuyos entusiasmos y dificultades, junto con el autor, participamos. Todo ello matizado con evocaciones de sus compañeros y profesores y amigos. Ahora al repasarlos en esta biografía, sentimos la nostalgia de alguien que vivió muy hondo en nuestras almas.

Estas páginas servirán para mostrarnos el valor infinito del alma de un adolescente generoso. Y esto, no por sus talentos o por su valor intelectual,

ni por la influencia que sus recuerdos puedan ejercer en la vida de otros muchachos, sino porque encerraba en su pecho un corazón bondadoso, sano y sincero.

Quizás más de un muchacho, lector de esta biografía, se pregunte: Y; ¿qué hay de notable en esta sencilla biografía? ¿No es este muchacho como soy yo? ¡Claro que sí! Ahí está el sello de las cosas grandes: suprema sencillez.

Quiera el Buen Dios que esta biografía sea un resorte poderoso que prenda en los corazones juveniles que la lean y les empuje a alcanzar el ideal que ambicionan, junto con ansias verdaderas de un optimista "excelsior", de salir de lo vulgar, de no ser uno de tantos y lleguen a ver que sí hay un jefe, un solo jefe, que no es de este mundo; pero que ha venido a él para ser nuestro jefe y nuestra cabeza: Jesucristo.

Leonel Ibacache S. J.

1º de diciembre, 1955. Bogotá, Colombia.

CAPITULO I

SILUETA MOVEDIZA

Ese día, la Sra. Josefina estaba inquieta y nerviosa. Era ya tarde y el muchacho no había regresado del Centro, adonde ella lo había mandado a comprar. La cercanía de éste no justificaba la demora, pues vivían en Merced, la cuadra jubilosa que mira hacia el cerro Santa Lucía. Del cuarto piso pueden observarse las continuas pasadas de los trolleys y micros; interminables filas de autos que se dirigen al Barrio Alto de la ciudad y centenares de peatones que caminan, siempre apresurados, por esa calle de la Merced, nombre tan bondadoso y simbólico. Más abajo, casas centenarias miran, casi curvadas por el peso de los años, las construcciones macizas, hieráticas y blancas de los edificios de departamentos. Negocios de sastrerías, muebles, alfombras se mezclan muy cerca de la hermosa Basílica de la Merced. En la mañana, se ven aparecer frailes muy jóvenes, vestidos de blanco que se dirigen a sus clases de Teología en la Universidad. A diversas horas se puede oír el Carillón, regalo sonoro, con una letanía de canción que nos habla sobre la Virgen, su bondad y los milagros.

Todo en Merced es típico; su Casa Colonial que mira hacia el Teatro Santiago que exhibe siempre insulsas películas mejicanas; sus roticerías con un olor profundo y agradable, las fuentes de soda y restaurantes, tan sucios y desordenados. Una pequeña agencia vende números de loterías, atendido durante muchos años, por una señora gorda y rubia. Y varias residenciales, como la de Artigas en el 516 por ejemplo, con varias casas y muchos pensionistas.

Hay varios puestos de diarios en Merced arriba; del vendedor de uno de esos puestos, es muy amigo el muchacho, desde hace años. Cuando era más pequeño y tenía que esperar la Micro del Colegio que lo llevaba al Establecimiento educacional, siempre salía cinco o diez minutos antes de su casa y se en-

frascaba en la lectura de sus revistas favoritas: El Peneca, primero; El Cabrito, después para seguir con las seriales cómicas y las revistas de ilustración científica. Cariñoso, el vendedor se las prestaba por un rato y cuando la micro, bocineando llegaba, el muchacho devolvía rápido la lectura, acomodaba sus libros y agradeciendo con su sonrisa bondadosa, trepaba a la micro.

—¿Estará entretenido en una vidriera? —pensaba la Sra. Josefina. Y podía ser cierto. Su hijo se extasiaba por horas en las vidrieras de las mercerías, jugueterías o almacenes. Ya lo deslumbraba un revólver, una escopeta de caza o un sencillo cuchillo de campo. Las balas y municiones tan bien colocadas y ordenadas por los vendedores. Los diversos cebos artificiales, ya un gusanito plástico o un insecto negro, eran motivo de comentarios con el compañero de viaje o consigo mismo. En las jugueterías admiraba el complicado mecanismo de un auto japonés o de una motocicleta que no caía en los bordes y se devolvía.

—¿O estará urdiendo otro plan? —se preguntaba con mucha razón, la Sra. Josefina. El muchacho era tan inquieto, tan movable en sus cortos años que llamaba la atención. Por semanas o meses. lo entretenía algún juguete o Meccano; luego lo abandonaba y se daba por entero a otro hobby. Ya en su infancia buceaba, por así decirlo, en ese mar de fondo de las aptitudes y todo lo mecánico lo seducía. Cuando supo las maravillas y el progreso que trajo a la humanidad, el telégrafo Morse, instó a su amigo Fernando Ossa a que se comunicaran por medio de ese sitsema. Ossa vivía frente a su casa, paralelo a su ventana. Bastante complicado fué conseguirse el largo alambre, estirarlo lo suficiente y tenderlo entre los dos balcones. Quien hasta hace poco, pasara por Merced 385 verá frente a ese número y al 381, un alambre que unía dos balcones. Gracias a él, nuestros dos muchachos se comunicaban sus planes y proyectos inmediatos. El entusiasmo duró algunos meses y luego decayó... era más rápido y efectivo el teléfono.

Un timbrazo ahuyentó las preguntas que sola se hacía la Sra. Josefina. La fiel y abnegada Violeta abrió la puerta. Pero no era el muchacho: era la tía Olga, hermana de la señora que pasaba siempre acompañando a la Sra Josefina, a su cuñado o al muchacho.

—Fíjate, Olga, que todavía no ha llegado Josefo —dijo la madre volviéndose a sentar en uno de los sillones del living.

—¿Con qué novedad llegará ahora? —contestó sonriente

la Sta. Olga. Me hizo buscar en las revistas ese nuevo modelo de auto, pues, como sabes, le falta para su colección en la pared de su cuarto.

Efectivamente, el muchacho tenía lleno de recortes la pared de su pequeño cuarto. Tenían preferencia los autos de las más diversas marcas. Gozaba contemplándolos o colocando el último modelo que anunciaban los diarios y revistas. Había también banderines, máquinas, figuras llenas de colorido.

Se había obscurecido totalmente; los avisos luminosos de Merced lanzaban sus destellos, mientras los autos, en larga fila, se dirigían al Barrio Alto. Los trolleys se veían repletos de gente y el Cerro Santa Lucía, desigualmente iluminado, iniciaba su etapa romántica y misteriosa.

Al fin, llegó el muchacho. Sonriente, como siempre, con un paquete semi-abierto. Saludó a su mamá y a su tía en forma rápida, deseoso de ver una vez más, lo que traía.

—¿Por qué te demoraste tanto, Josefo? interrogó la mamá. Ya me tenías intranquila.

—Bueno, ¿qué traes? Veamos luego —dijo la tía, hábil conocedora de los hobbies y caprichos de su sobrino.

—Algo encantador, digno de todo cuidado. Miren que son bonitos —explicó el muchacho, abriendo cuidadosamente el paquete y colocando en el suelo su carga.

Las dos señoras miraron fijamente y con sorpresa:

—Pollos... Pero... ¿y para qué los traes?

Así era: pollitos de dos o tres días; unos cinco en total que piaban y trataban de abrigarse uno contra el otro. Pollitos comprados en la Avícola del Pasaje Colonial, vistos pacientemente, ahorrando el precio y que ahora llevaba a su casa, como un trofeo. Pollitos encantadores, como él decía, pero también dignos de todo cuidado.

Repuesta de su sorpresa, la Sra. Josefina exclamó:

—¿Y adónde los vas a tener? Vivimos en un departamento, sin patio...

—Y bien sucios que son, interrumpió la Sta. Olga.

—No se preocupen. Lo tengo todo solucionado —contestó rápidamente el niño. En una caja grande que me he hecho, pasarán la mayor parte del tiempo y yo mismo les daré de comer.

Y sin esperar más, corrió a su cuarto y trajo una caja donde metió a sus pollitos, colocó unos pedazos de franela y algo

dón, traídos rápidamente también por su tía, derramó algunos granos y les colocó una tacita de agua.

—Magnífico, magnífico —decía el muchacho, sobándose las manos de satisfacción. Ni echarán de menos a su mamá. Bueno, no la conocen... son de incubadora. Los pondré cerca de la calefacción por si acaso hace mucho frío en la noche. ¿Qué tal, mamacita? dijo por último, echándole los brazos al cuello, en un impulso filial.

—Bueno, allá tú con tus cosas —replicó la señora—. Espero que Fredy apruebe tu compra.

—La aprobaré; no hay duda, dijo el muchacho. Algo le hablé esta mañana.

El buen Sr. Stuvén aprobó también la compra de su hijo. Y más aún: ayudó a cuidarlos. Mucho sufrieron los dos cuando los pollitos empezaron a morirse, pese a los solícitos cuidados. Incansable, el muchacho, compraba dos o tres más. Le gustaba acariciar sus incipientes plumitas, verlos correr y arrebujarse uno con el otro, en un gesto de amparo o fraternidad.

Un tiempo después abandonó este hobby, justo cuando sucumbió el último de sus regalones. Y miró entonces más lejos: lo mecánico, las fórmulas químicas, las excursiones pletóricas de entusiasmo y vitalidad.

El muchacho buscaba su destino, con inquietud juvenil y con amor de niño.

CAPITULO II

JOSE FEDERICO

José Federico había nacido en Los Andes, el 18 de mayo de 1940; era el primer hijo del matrimonio formado por la Sra. Josefina Ureta Valdés y don Federico Stuvén Mery. Sus padrinos de bautismo fueron don Alfredo Ureta y su abuelita, la Sra. Berta Mery. Puede comprenderse la dicha de un matrimonio joven al ver aparecer en el hogar primero el llanto, luego el baluceo y los primeros pasos de una criatura.

Para qué recordar los desvelos de las primeras noches y las entradas en puntillas para no despertar al nene. Tenía pulmones poderosos y sus gritos y llantos eran característicos. Pero siempre gozó de buena salud.

El día del bautizo, la naturaleza jugó una mala pasada. En esos días, el nene se veía intranquilo, cosa rara en él. En la jornada de la hermosa ceremonia se le declaró ictericia. Carreras y llamadas rápidas al doctor, mezclada con la nerviosidad de tíos y padrinos. En fin, ese día con ictericia y todo, José Federico fué bautizado con los Santos Oleos.

A los ocho meses, la Sra. Josefina empezó a llamarlo "el muchacho", nombre con que lo conocieron siempre sus parientes y amigos.

El muchacho creció sano y fuerte, simpático, atrayendo con su bondad y su sonrisa. No llegaron más hijos en esos años al hogar de los Stiven Ureta y por lo tanto, el cariño y la atención se concentraron y se dirigieron hacia José Federico. Tardes enteras se pasaba su tía predilecta, la Sta. Olga, tratando de enseñarle a caminar, a decir las primeras palabras, a saber distinguir los objetos y las personas. Con qué afectividad iba hacia él y lo aleccionaba en sus progresos con algún regalo traído de la Confitería, Juguetería o Almacén, José Federico se daba cuenta de este cariño y en ella vió siempre más que una tía, una segunda madre que compartió plenamente con la Sra. Josefina, por tener el muchacho un corazón amplio y noble, propio de los héroes y de los santos, el cariño dedicado a los seres que se sacrifican y aman.

En septiembre de 1941, cuando ya la familia había celebrado el primer año de vida del niño, los esposos Stiven se trasladaron a Merced 385, cuarto piso, a un departamento. Esas paredes vieron desde ese momento la vida hogareña del muchacho: sus primeras travesuras, las pequeñas alegrías y sinsabores de un niño, el ajeteo del primer juguete mecánico. Y tantas otras cosas. Las primeras ilusiones que mueren como ráfagas en un día primaveral, los desengaños, los comentarios. Esas paredes vieron también transcurrir sus últimas horas, la consternación de don Federico, la amargura de su madre. Paredes que guardan el secreto de la vida y de la muerte.

El muchacho, desde pequeño, fué amigo de las aventuras; no temía a nada ni a nadie. Corría por el Parque Forestal, jugando con su pelota de goma, alegre y jubiloso. Solícita corría Julia, la fiel y abnegada guía del muchacho desde pequeño y luego, Violeta que lo vio morir.

Y así pasaron sus primeros años: bondad, travesuras, alegría y coraje. ¡Qué linda infancia!

La primera educación la recibió de las Monjas Ursulinas y del Colegio de San Gabriel. A ellas les tocó moldear ese carácter, acostumbrado a la condescendencia paterna y al cariño materno. Se ha dicho que la educación es una limitación de la libertad social. Y es verdad. Se va ejercitando paulatinamente en el niño el espíritu de voluntad, de sacrificio, de constancia y de dominio. Si su pensamiento vaga en el campo o en el juego, tendrá que dominarse y permanecer quieto, escuchando las lecciones del maestro.

El 14 de diciembre de 1945, la Directora del Colegio de San Gabriel, Sta. Ellen Matzen, firmaba el certificado de promoción de José Federico. Había obtenido en ese año muchos "very good", tanto en Inglés, como en Lectura, Trabajos Manuales, urbanidad, etc. Un "excellent" en Castellano, igualmente en Juegos.

Ya nos podemos figurar la alegría y contento de don Federico, de la Sra. Josefina y de la tía Olga. El muchacho estaba rindiendo a la perfección. Esa Navidad abundaron los regalos y los juguetes mecánicos. Todo eso deslumbraba a nuestro simpático José Federico.

El seis de julio de 1946, un año después de lo que narramos, el muchacho escribía a su mamá lo siguiente, con buena caligrafía, una letra derecha de niño de silabario, temblona, pero que revela una decisión entusiasta:

"Querida mamá:

¿Cómo ha estado Ud.? Yo quiero que se mejore luego para poder ir allá y estar juntos; yo le he pedido al taitita Dios para que se mejore". ¡Qué carta más emotiva y cariñosa! Y recién ha cumplido seis años.

Al año siguiente, en 1948, José Federico ingresa al Colegio San Ignacio, plantel que lo albergará y educará hasta 1954. Los esforzados profesores, con la bondad propia del maestro, le van inculcando la seriedad en los estudios, el buen comportamiento, la educación y el servir a los demás. El muchacho nunca olvidó a estos primeros profesores y siempre los recordaba en esas conversaciones tan hermosas de evocación de los primeros años. En esa oportunidad sus notas fueron sobresalientes: un siete en Inglés; un seis en Castellano y Religión; un cinco en Historia, Caligrafía y Aritmética.

Ya en 1950 su letra adquiere esa fuerza y vigor, tan característicos de toda personalidad independiente, audaz y empen-

dedora. El trece de enero ;terrible coincidencia en el día! le escribe a su mamá desde Zapallar. Le cuenta que los días han estado "pésimos" lloviznando casi todo el tiempo, que apenas ha disfrutado de los baños. Le ruega que le envíe más cosas. Ignoramos qué serían: ¿ropa, juguetes, proyectiles? Nunca sabemos qué nos depara el destino. Dice más adelante: "La tía Elisa dijo que ella le iba a escribir contándole todas las cosas simpáticas que pasaban en Zapallar". Dígale al papá que venga algún sábado o domingo con Ud. El domingo se va el tío Alfredo, la tía Carmen y el tío Manuel. Vamos a quedar bien solos. Con Carlitos he sido muy amigo y seguiré jugando tennis todas las mañanas con él. Adiós mamá; cariños y abrazos para los dos".

El dos de febrero de ese mismo año, escribe otra vez a la Sra. Josefina. Le cuenta lo bien que lo está pasando. Han ido a las Piedras Cujas y se ha admirado de lo hermoso y bravo del mar. Atraído por la inmensidad del océano, habrá subido a los acantilados y habrá admirado el color verde oscuro del mar y la espuma que se levanta al chocar la ola con estrépito, sobre el roquerío.

Los años se iban, dejando una estela y un recuerdo agradable en el hogar de la familia Stuyen.

CAPITULO III

RECUERDOS DEL PRIMER AÑO DE HUMANIDADES

Se ha dicho con justa razón que la fantasía del niño no se cultiva como se hacía hace años. La misma vida que se lleva, tan distinta a la calma y al orden de principios de siglo, hace limitar la fantasía e imaginación a un grado tan bajo, que los educadores siempre comentan, alarmados, este fenómeno. Ya la imaginación no se puebla de hadas, gnomos ni príncipes azules. Todo se da hecho, ya sea en la Revista Ilustrada de Cómicas o en los Dibujos Animados.

Pero nuestro muchacho tenía imaginación y fantasía cultivada; gustaba de todo lo heroico, de los inventos y de las Sociedades. Hurgaba en todos los aspectos y no se quedaba satisfecho si no lograba encontrar la razón de tal o cual fenómeno. Sentía ansias de algo superior desde muy pequeño.

“José Federico tuvo siempre su mente colmada de pensamientos —ha dicho la Sta. Cora Fernández. Y agrega “transformaba luego el proyecto en realidad, ya fueran simples entretenciones, investigaciones, obras de caridad, scoutismo, teatro, música, etc. Todo con una avidez enorme, como presintiendo la premura del tiempo”.

A todo esto, llegó la segunda etapa de la vida estudiantil de José Federico: las Humanidades. De tercera primaria, el Colegio lo había pasado a Primer Año de Humanidades y el muchacho se sentía feliz y muy importante.

Era el 15 de marzo de 1951. José Federico había veraneado con sus primos Bustamante Stiven en Curacaví, y también pasó una corta temporada en Zapallar con sus padres. Venía tostado por el sol, alegre y muy dicharachero.

Ese día, en la tarde, el muchacho dió una vuelta al Colegio; conversó con varios Padres a los cuales ya conocía y con varios amigos que eran internos. A las siete y media de la tarde, la Sala de Recibo del Establecimiento era un colmenar; los mozos entraban los colchones y ropas de cama de los alumnos internos, mientras éstos conversaban animadamente con sus padres, que sentían una pena profunda al ver que tenía que separarse de sus hijos y regresar solos a su fundo o a la ciudad lejana. Un muchachito de preparatorias sollozaba en un rincón, mientras, en vano, la madre trataba de consolarlo. Allá el Padre Francisco Dussuel S. J. Prefecto del Colegio daba informes a varios padres de familia y por acá, el Padre Campos con su natural amabilidad, estimulaba y reconfortaba a los espíritus alicaídos y tristes.

Y así ha sucedido en el Colegio desde su fundación hasta 1954; el Internado es un algo bullicioso y triste a la vez; niños que comen su pan con mermelada saliendo de los comedores de su División; sentándose y conversando distraídamente de su región o del partido que presenciaron en la cancha de fútbol. Pero el primer día es siempre penoso: han pasado más de dos meses con sus padres, gozando de las brisas del mar o del encanto tranquilo del campo. Se entristecen y más de alguno llora a sollozos reprimidos en el Dormitorio, cuando ya el Padre o Hermano que los cuida, ha apagado la luz.

José Federico había entablado una activa conversación con uno de los Padres, contándole en graciosas anécdotas, sus días de vacaciones:

—Ahora vengo a primer año... ejem... —decía, riéndose.

Pero a pesar de su contento, recordaba con nostalgia las entretenidas clases que le hacían los sacerdotes de preparatorias; los chistes y aventuras que les contaba el Sr. Valdebenito, dentro de una disciplina rígida, pero agradable. ¡El sí les había enseñado a dominar sus impulsos de desorden! En su clase, desde la partida, todo era orden y silencio. Y cómo podría olvidar al Sr. Cantarutti. Llevaba grabado aquel cuento del árabe y su caballo, que una tarde de invierno, don Ricardo había leído en el curso. Se había imaginado en el transcurso de la lectura, a ese árabe bueno, pero perseguido por la fatalidad, cuyo único amigo era su caballo zaino. ¡Y qué de aventuras y amarguras pasaban ambos! José Federico y el resto de los niños oían en un silencio expectante, deseando una felicidad para ese árabe y su buen amigo.

Don Guillermo Laurent había sido su profesor también. ¡Y cuánto lo quería! Don Guillermo con esa bondad innata y su comprensión de verdadero pedagogo, había ido plasmando muchos aspectos de su personalidad, concretándolos en consejos y en su ejemplo mismo. Del Hermanito González admiraba su preocupación, su paciencia y su arte. Contemplaba admirado, los acuarios con peces exóticos; las figuritas de diversos personajes hechos de un pedazo de tiza, las calcomanías, etc. Y el Sr. Labraña, su profesor de Castellano; el Padre Gun Bayer, el Padre Vergara... Todo eso había quedado atrás, dejando una estela de recuerdos agradables.

El 16, en la mañana, y muy temprano, sonó el despertador en la casa de don Federico; la Sra. Josefina le recordó el Colegio y lo mismo hizo su padre. ¡Trabajo costó levantarse! Era tan molesto abandonar las tibias sábanas.

Llegó casi a la campanilla; traía algunos cuadernos y libros que dejó en la División que le fué asignada. Venía con traje azul, camisa blanca y corbata azul, el uniforme del Colegio. Crecía poco, pero en su rostro se reflejaba la buena salud y la inocencia. De nariz poderosa, tez blanca salpicada de pecas, pelo rubio, labios firmes que indicaban voluntad, nos revelaban a José Federico de esos años, que no cambió mayormente a lo largo de los meses. Su boca, entreabierta casi siempre en una sonrisa, dejaba ver una hilera de dientes blancos y parejos.

La Misa reunió a profesores y alumnos; en esa oportunidad el Padre Alvarado, Rector del Establecimiento, en su plá-

tica, los instó a trabajar desde el comienzo, confiando en Dios, en la Santísima Virgen y en sus posibilidades. Año tras año se viene repitiendo esta ceremonia y cada vez tiene una fuerza poderosa y oculta, que estimula a la acción y conforta.

Ya en la sala de clases, en la *Lectio Brevis* o Introducción de veinte minutos, a cargo de un sacerdote, el muchacho constató con alegría que serían sus compañeros, niños como Bunter, Bresciani, Cruzat, Buzeta, Labbé y Sanfuentes que venían con él desde primera preparatoria. Y también estaba en Primer Año A Javier Gómez, el locuaz e inquieto amigo del muchacho que vivía tan cerca de él.

Una vez terminada la *Lectio Brevis*, el muchacho departió amistosamente con Labbé y Bresciani; recordaron entusiasmos las partidas de fútbol que se efectuaban en tercera preparatoria y en las cuales, la presencia de Stuvén era imprescindible. El equipo lisa y llanamente no jugaba, si el muchacho no actuaba en él.

—Espero que estarás en la delantera este año —comentó Labbé, a quien apodaban el Conejo.

—Y ahora —continuó Bresciani— será el glorioso Primer Año A. ¿Qué te parece Stuvén?

—Macanudo —dijo éste. Ya me tendrán chuteando esa pelota.

Pero esto no ocurrió; el muchacho ya había experimentado la sensación del fútbol, las arriadas, los goles y la emoción del triunfo. Otras cosas lo llamaban y él se entregó a ellas con dedicación y entusiasmo. Uno de estos hobbies fué la exhibición de películas en su casa. Convidó un día a Bresciani con el pretexto de estudiar, pues el muchacho necesitaba unos repases. Al llegar, la Sra. Josefina se alegró de la visita y del provecho que obtendría esa tarde, Josefo. Pero éste, lleno de inquietudes, empezó a mostrarle a su amigo los recortes de diarios que tenía, fotos y luego montó la máquina y le dió una película de unos Juegos Olímpicos europeos. Los dos niños estaban encantados, pero en esa tarde el muchacho no obtuvo gran provecho en lo que a estudios se refiere.

En extremo sociable, convidaba al departamento a grupos de niños que se divertían y que obsesionaban con el desorden, a don Federico y a su señora. Para su cumpleaños, en mayo, fueron varios y Josefo les mostró y luego probó otro de sus hobbies. Como su papá tenía micrófono y parlante, instaló el

primero en una pieza y transmitía a otra, donde había colocado el parlante y en la que mantenía a sus inquietos visitantes. Hablaba imitando a diversos personajes, hacía concursos deportivos y de canto. Organizaba todo, dejando a sus amigos contentos, alegres. Luego se iban al Cerro Santa Lucía y jugaban a las escondidas. ¡Qué recuerdos hermosos para un niño organizador, bueno y bondadoso con todos!

Los días y las semanas fueron transcurriendo; el Padre Errázuriz les hacía las clases de Historia. Se reían y gozaban con los chistes en las clases de Matemáticas del Sr. Hugo Giunio, y estudiaban con los dientes apretados en la de Francés con el Sr. Osvaldo Arenas. El Padre Leichle les mostraba las maravillas de la Naturaleza en la clase de Ciencias. En Castellano tenían al Padre Cid y en Trabajos Manuales al Sr. Laurent. Inglés, el Sr. Skewes.

Le tocó en suerte al que esto escribe, empezar a hacerle Clases de Castellano a este Primer Año A, después de dos semanas de iniciado el período escolar. El P. Cid no pudo seguir atendiendo tantos cursos y no sin reticencias, hube de hacerme cargo del primer año A. Desde esa primera jornada con ellos, me di cuenta que era un curso agradable y simpático, deseoso de estudiar y de colaborar con el profesor. Y lo mismo decían mis colegas de Matemáticas, Francés, Historia, Inglés, Ciencias.

Cuando uno es profesor, habla de cursos buenos, regulares y malos. Francamente malos. Parece que la afinidad de estudio o de flojera, es una enfermedad democrática e infecciosa. Hay cursos que responden a las exigencias del maestro; otros que son reticentes y en los cuales uno debe usar todo su método pedagógico y psicología, para poder hacerlos estudiar. Hay cursos que mantienen cordiales relaciones con los profesores y otros que no logran aprehender el carácter y modalidad del maestro.

Para nosotros, ese primer año A fué simpático, cordial, estudioso. Lo decía el P. Prefecto y todos nosotros.

Bastaba una leve queja de alguno de los profesores, en lo que a falta de tareas se refiere —por ejemplo— para que llegara el Padre Dussuel haciéndose el furioso, a increpar a los alumnos por su falta de interés. Zilleruelo, sentado al fondo, estudioso y responsable, no podía aguantar el aguacero y se ponía a llorar. Cuando esto sucedió por primera vez, fué tanta la sorpresa del Prefecto, del profesor y de los alumnos, al escuchar el llanto del que menos podía darse por aludido en lo que

respecta a flojera y desorden, que se pusieron a reír a grandes carcajadas.

A mediados de año, ya los profesores conocíamos bien la calidad y responsabilidad de los alumnos de ese curso. Reíamos de los problemas que a cada momento suscitaba "el Tragedia" Alfaro; estimulábamos los avances paulatinos en el Castellano de Alberto Etchegaray; escuchábamos la risa contagiosa de Stiven; las idas y venidas a la Prefectura, solucionando algún problema de sus compañeros, de Bresciani y Cruzat.

Ese año había llegado también un muchacho gordo, con basquiñas, como yo le decía, que fué después otro de los tantos de la pandilla del primer año A. Era Fernando Pimentel, actualmente igual que los compañeros que he citado, en V año de Hdes. Para el 24 de septiembre, día del cumpleaños de Pimentel, se dieron cita en su casa de calle Cochrane, los más amigos del curso. Allí estaba también el muchacho. Pimentel me ha mostrado en su casa de campo, en Rengo, dos o tres fotografías obtenidas en esa oportunidad, donde se ve a los niños con sus caras todavía de guaguas mirando fijamente al fotógrafo, o esbozando una sonrisa segura. De estos últimos era Josefo, y así quedó estampado en la foto.

Como dijimos anteriormente, el muchacho dejó el fútbol y se dedicó a otras cosas: empezó a interesarle la Filatelia y los autos. Se extasiaba en las calles, viendo los Ford, de lujo último modelo, que llegaban al país.

Stiven se reía a carcajadas, cuando yo le preguntaba la lección a Soffia, pues éste era muy nervioso y empezaba a abrocharse y desabrocharse los botones del overol. "Condorito" Gómez era muy amigo del muchacho y juntos planeaban paseos y distracciones por los alrededores de Merced. El gordo Bunter tenía sus salidas divertidas en clases, y todos también reían con las gracias del negrito Agurto.

Un día, Gerardo de Almozara llegó con una máquina fotográfica a clases. Como me di cuenta que no iban a salir claras dentro del recinto, salimos diez minutos antes al patio, correctamente formados y luego, con sus overoles puestos, empezaron a hacer figuras, pirámides y cuanta tontera se les ocurrió. El muchacho también estaba en su elemento y subió a caballo sobre otro compañero. Allí están eso recuerdos que nos alegran y entristecen a la vez, al recordarlos.

Como varios deseaban dejar impreso en la fotografía, esa edad tan agradable de los once o doce años, llamaron al fotógrafo Sr. Pérez y un día, con el Sr. Giunio, posaron. El, siguiendo las bromas de la clase, se fotografió con un gorro turco y los niños que quedaron de pie en la tercera y cuarta fila, pusieron sus manos sobre los hombros de sus compañeros para simbolizar la unión. En esa foto, el muchacho esboza una sonrisa, algunos pelos caen a su frente y en su mano derecha hay un papel. Quizás un plano, un nuevo invento o simplemente, una prueba.

Había iniciado ese año la modalidad de sacar "gramáticos" de los verbos, es decir, los alumnos que se equivocaban en la conjugación pasaban adelante y allí, el que menos contestaba era "el gramático". Las competencias eran impresionantes, ya que muchas veces por nervios, pasaba algún "mateo" y allí le venía todo el fuego graneado de las preguntas. En lo que respecta a José Federico era estudioso en Castellano, poseía una hermosa letra y su ortografía era excelente. Con un cinco fué presentado ese año, al examen, en mi ramo.

Recuerdo muy bien que una tarde, me puse a conversar con el muchacho, paseándonos en el gran corredor del Colegio. Los niños se habían ido a sus estudios y divisiones e ignoro qué esperaríá él en el patio. Comentamos primero, en forma alborozada, las anécdotas del "tragedia" Alfaro, los tartamudeos nerviosos de Gómez y las características de cada ramo. Pero luego la conversación se puso más seria e íntima. Me contó sus proyectos y sus andanzas:

—Quiero entrar a la Escuela Naval, cuando termine el tercer año —me dijo, con resolución, y agregó: Mi abuelito fué marino y me encanta el mar y los barcos.

—¿Cuántos hermanos tienes?, le pregunté.

—Ninguno —me replicó. Soy hijo único, pero creo que me darán permiso, si me voy a la Escuela Naval.

Le tenía estimación y simpatía a ese muchacho locuaz y atrevido en sus resoluciones. Podía entablar una conversación con cualquiera persona e insensiblemente él iba llegando a ser el centro de esas charlas. Desde ese momento fuí más que el profesor que exige y que corrige. Me consideré su amigo y cuando pensé en hacer la Sesión Gramatical de fin de año, no dudé en encomendarle a él la redacción del diario informativo del Curso.

La Sesión Gramatical en referencia se llevó a efecto el 30 de octubre de 1951 y a ella se invitó a los padres de los alumnos

del Primer Año A, a algunos profesores y sacerdotes. Los mismos chiquillos hicieron con buena letra los programas, que repartieron en sus casas.

En las clases de Composición, cada alumno hizo un discurso para esta oportunidad y hubimos de elegir uno, para que fuera leído como el primer número de la Fiesta. Rafael Mena hablaba “de este glorioso día” y pronostica que el puesto del mejor alumno de Gramática quedará entre Cruzat, Soffia y Labbé. Buzeta, de las cualidades que deben poseer todos, sean gramáticos o no, “buenos y cristianos”. Rojas expresa que en el transcurso de los años “ya veremos a ese alumno sentado en el Ministerio de Educación”.

El discurso elegido fué el de Luis E. Bresciani, quien dijo entre otras cosas: “Todos esperamos salir adelante en nuestro ramo de Castellano, como asimismo en todas las demás materias, lo que nos servirá para facilitar los estudios que tendremos que hacer en el futuro y mejorar nuestras posibilidades en la vida”.

A las seis de la tarde de ese día había una cincuentena de personas, entre padres, profesores y alumnos de otros cursos. A un lado se encontraban los muchachos del Primer Año A, muy arreglados, con su traje azul y engominados.

Ya todo estaba listo: podía comenzarse. Pero de repente, los niños me dicen, alarmados: Sr. falta Stuvén. Y él tiene a su cargo el tercer número. Efectivamente faltaba el muchacho.

Los minutos pasaban veloces y ya el P. Prefeto me pedía con la mirada que empezáramos. Sin estar en el programa, hablé unas pocas palabras, deseando internamente que éstas hubieran sido más largas. Luego le tocó el turno a Bresciani. Detrás de las cortinas me paseaba nervioso e irascible... ya iba a estallar, cuando apareció el diminuto muchacho, ayudado de Gómez con la máquina proyectora.

—¿Por qué no llegabas, hombre? Lo hace poner a uno nervioso... ¿y el diario? ¿lo pasaste a máquina?

Su sonrisa y su respuesta me desarmaron: —No se enoje... no se ponga nervioso. Todo va a salir muy bien. ¿Cuándo me toca?

—Dentro de poco; quédate aquí... no salgas... no te muevas... no te pierdas.

—Si la culpa la tienen las micros —comentó el muchacho. Y con este medio bulto...

Ya se oían los aplausos al dar término Bresciani a su dis-

curso. A continuación, Jaime Astorquiza, Pimentel y Ernesto Labbé protagonizaron una farsa cómica del Libro de Lectura llamado "El eco".

Luego el muchacho leyó el diario informativo del curso. Había tallas para todos, novedades, avisos clasificados y títulos de películas. Reíamos. Me parece estar viéndolo, diminuto, con sus pantalones cortos azules, con su pelo rebelde, reprimiendo la risa y tratando de leer.

Cruzat fué elegido el mejor alumno de Gramática y su premio fué "La mejor historia del mundo" de Foulton Asler.

Vicuña, Patricio Bunster y Eduardo Varela interpretaron una farsa divertidísima y Eduardo Buzeta recitó algunas estrofas de la composición "Despedida".

Como fin de fiesta, el muchacho armó la máquina proyectora y nos dió varias cintas deportivas, de cómicas e informativas.

Podemos imaginarnos la de comentarios al otro día; todos estaban contentos y en los recreos rodeaban a los profesores para comentar los episodios, siendo el más celebrado, el atraso de Josefo.

De esta fiesta a los exámenes había sólo un paso. Y éstos llegaron.

En el último Consejo de Profesores se había hablado del Primer Año A y todos habíamos manifestado nuestro contento y las buenas expectativas para el rendimiento de los exámenes.

En la postrera clase de Castellano, hablé a esos muchachos de corazón recto y alma radiante: Consérvense siempre así —les dije— buenos, respetuosos, íntegros, unidos en la buena y mala fortuna.

Terminada esa clase, todos vinieron a darme la mano y yo se las estrechaba, emocionado y alegre a la vez. El negrito Agurto vino sonriendo y me expresó que no volvería al Colegio el próximo año; a pesar de su sonrisa, adiviné que lo que decía, le hacía daño y estaba triste. Al preguntarle los motivos, sus ojos se llenaron de lágrimas y no pudo articular palabra. Rojitas, que tampoco volvió, temía una eliminatoria, lo que efectivamente sucedió. Y así todos... el muchacho también, contando a sus compañeros las perspectivas de Enero y Febrero.

Los exámenes llegaron y los niños tuvieron, en general, un

buen resultado. En Castellano sólo uno salió mal. Etchegaray subió de dos a tres, lo que lo hizo sumamente feliz.

Antes de terminar ellos sus exámenes, viajé a Valparaíso a iniciar mis vacaciones, al lado de mis padres.

—¡Felicidades, señor! ¡Que pase muy bien sus vacaciones! decían una y otra vez esa pandilla de Primer Año A. Y entre ellos, y también lo decía José Federico. Y esas palabras ¡Buenas y felices vacaciones! me las repitió cuando cursó su segundo y su tercer año de Humanidades. En 1954, sentados los dos en una de las bancas que da al patio de fútbol del Colegio, me trazó sus planes y proyectos y me dió su dirección para que le escribiera.

—¡Felices vacaciones! me dijo y yo le retribuí, agregando: ¡Hasta pronto, José Federico!

Y me alejé ese doce de diciembre. El muchacho con su sonrisa habitual me miró y luego se dirigió a dar su examen de Historia. Desapareció por la puerta del Salón de Actos donde estaban los examinadores. Lo vi desaparecer con sus pantalones largos, su pelo domesticado a fuerza de gomina. José Federico me dijo:

—¡Hasta pronto!, pero Dios en su Infinita Sapiencia, había dicho: ¡Hasta la Eternidad!

CAPITULO IV

UNOS RECUERDOS DESDE EL LIVING

El muchacho estaba feliz; había cumplido con éxito su primer año de humanidades y ahora veía con íntima satisfacción que gran parte de diciembre, enero y febrero iban a ser meses de alegres vacaciones.

Esa tarde, acodado en el balcón del cuarto de sus padres y viendo el ir y venir de los autos y micros, se puso a recordar. Hacía poco tiempo que los tranvías habían sido suprimidos de Merced, y ahora corrían los elegantes y veloces trolleys. ¡Qué alegría tuvo cuando subió por primera vez a uno de ellos! El corazón le palpitaba más fuerte y observaba todo, con anhelo y seguridad. Se puso al lado del chófer y había entablado con él una conversación muy amena.

Don Federico había salido y la Sra. Josefina ya se encontraba en su oficina. Violeta lavaba los platos en la cocina.

Para el muchacho, éstos eran momentos de encuentro consigo mismo. En camisa, arremangadas las mangas y con un dejo de monotonía en el rostro, se puso a recordar. ¡Qué rápidos habían pasado los años! Siempre, en estos momentos, trataba de darse cuenta del primer recuerdo de su vida. ¿Sería a los dos, tres o cinco años? Él no lo podía precisar, y eso lo incomodaba.

Pero sí, evocaba perfectamente los primeros juegos con los regalos mecánicos que sus padres, la Sta. Olga y los tíos le habían obsequiado en Navidad o en el día de su cumpleaños. Luego, conoció a Javier Gómez, el Condorito y a Patricio Bunster. Todos tus amigos son gordos, terriblemente gordos, comentaba a veces la Sra. Josefina. Con ellos, hacía excursiones y jugaba en las casas.

Recordaba su red para pescar ¿dónde la tendría ahora? ¿O la habría regalado? No recordaba bien... Con esa red, extendida, organizaban unos lucidos juegos de básquetbol o de fútbol... todo en su piecicita pequeña. Con cuánta razón —pensaba el muchacho— se enoja mi papá por todos los destrozos y el desorden en mi pieza. Pero, ¿qué es interesante el desorden! Dejar uno, todo a la buena de Dios, y organizar después todo un plan para encontrar alguna cosa que se busca.

No pudo dejar de sonreír al recordar la descomunal pelea que tuvo con Javier cuando eran pequeños... se habían enojado tanto que agarraron unos tarros de cera y se habían embadurnado cara, manos y ropa. Habían quedado imposibles. Para qué decir el reto que recibieron ambos de sus respectivas madres.

El sol caía sobre su balcón, haciéndole arrugar los ojos y entreabrir la boca. Pero esto no le incomodó. Estaba el muchacho en ese momento, fuera del tiempo presente; evocaba y eso le hacía bien.

Recordó su preparación a la Primera Comunión; la Sta. Cora Fernández a la cual él quería y apreciaba por su bondad y desinterés, lo había preparado con dedicación. Pero él en su desazón, no dejaba de hacerle bromas: ya se escondía debajo del escritorio o se subía a la ventana, simulando que quería tirarse al primer piso, sin usar naturalmente el ascensor. La buena señorita, atemorizada se colgaba prácticamente de las piernas de él y lo hacía bajar, no sin grandes protestas. El recordaba ha-

berla visto ponerse pálida después de su broma, sentarse y pedir un vaso de agua.

El hacía todo esto por travesuras de niño, pero en el fondo quería entrañablemente a esta señorita de ojos verdes y de mirar bondadoso. Siempre terminaba las lecciones al lado de ella y le estrechaba la mano en señal de respeto, de cariño y de agradecimiento.

Su primera Confesión; la había hecho en la Iglesia de San Ignacio. Mientras esperaba su turno en la larga fila de niños, sentía su alma nerviosa y conturbada. ;Y qué paz había experimentado después de recibir del Sacerdote, la absolución de sus pequeñas faltas!

El muchacho recordaba ahora, acodado siempre en la ventana, el esplendor de las luces del templo, las guirnaldas de flores haciendo resaltar más el gran cuadro de la Virgen María. Era el día de su primera Comunión, una mañana que recordaba con toda nitidez, dentro de una aureola de paz y alegría. ;Cuántas veces había comulgado desde ese día! Siempre trataba que sus comuniones fueran meditadas, pensando en la Gran Unión con Cristo Nuestro Señor. Al ir al comulgatorio, repetía las palabras de ese Centurión "Señor, yo no soy digno.... no soy digno". Y oía como un arrullo la melodía del órgano, tocando acompasadamente, mientras decenas de personas se acercaban al Banquete Eucarístico.

El sol, ya fuerte, le hizo respingar la nariz. Muy a su pesar dejó ese agradable sitio y se tiró a uno de los sillones del living. Ahí también se estaba bien. La radio sonaba muy despacio y transmitía un programa de Liza: el Concierto Número Uno para Piano y Orquesta, si no se equivocaba.

Ahora recordó las rabietas e intranquilidad de la tía Olga, una vez que fueron al Patronato Nacional de la Infancia donde ella trabajaba. y empezaron a encender cohetes, dentro del edificio. Era tanto el bullicio y la risa de ellos, que los empleados de las oficinas cercanas, llamaron a carabineros, para que intervinieran. Sólo la bondad de la Sta. Olga y la comprensión de las empleadas, habían hecho aplacar a las autoridades.

Y tantas otras evocaciones.... El teléfono lo sacó de su abstracción. Se incorporó ágilmente y atendió; era Fernando Ossa, quien lo llamaba.

—Sí, aquí estoy en mi casa, más o menos lateado. Ayer terminé los exámenes. A ti, ¿cómo te fué?.... Bien.... eso.... ¿qué

haces ahora? Te invito a ir donde mi mamá y le pedimos tarros de leche condensada. Te espero acá...

Feliz de encontrar una salida a esa tarde tan apacible, José Federico volvió a su sillón.

No supo por qué recordó la anécdota del Parque Cousiño y al hacerlo, estalló en carcajadas. Había sido tan cómico... En bicicleta con Javier Gómez, se les ocurrió llenar el bombín de agua y esperando que obscureciera un poco, se fueron a ver dónde había alguna pareja, jurándose amor eterno.

Allá había una... muy juntos, tratando de comunicarse sus pensamientos. El muchacho avanzó, haciéndose el inocente y cuando estaba a un metro escaso de ellos, les lanzó la andanada de agua por la cara. Acto seguido montó rápidamente en bicicleta y se perdió en la obscuridad, junto con Gómez, antes que la pareja pudiera salir del estupor.

Era una entretencción "brutal" para ellos. La repitieron dos veces más. Pero a la cuarta vez, la bicicleta se atascó y no partió, a pesar de los desesperados esfuerzos del muchacho que veía avanzar amenazante al hombre, chorreando agua todavía de su cara. Se vió de repente, asido por una mano poderosa y largado al suelo sin contemplaciones... y lo mismo le sucedió a Gómez. Machucados y embarrados no atinaron a moverse, hasta que vieron desaparecer al hombre y a la mujer, que ya habían tomado venganza de la mojadora broma de nuestros muchachos.

La grabación desde la Radio había terminado y el locutor anunciaba ahora la lectura de la novela de la tarde. José Federico se levantó y apagó la radio. Fué a la cocina donde Violeta terminaba sus quehaceres.

—¿Alguna cosita para comer?

Y la buena Violeta le preparó un sandwich.

Ligerito vino a buscarlo Ossa y juntos, charlando animadamente, dirigieron sus pasos a la oficina de la Sra. Josefina, ubicada en Teatinos. Allí obtendría dinero y leche condensada.

Por Merced abajo se perdieron en la muchedumbre el muchacho y su compañero. Algunas nubes en el cielo azul, mostraban su blancura, anunciando el verano, símbolo de tranquilidad y descanso.

CAPITULO V

ALEGRES VACACIONES

Habían llegado para el muchacho unas alegres vacaciones. Ya en diciembre lanzó un hurra, potente y entusiasmado, al viajar al fundo Miraflores de propiedad de sus primos Bustamante Stiven. Ahí tenía la compañía de sus primos Francisco Javier, Joaquín y Carmencita. Juntos organizaban paseos, entretenciones, escuchaban música y aprendían algunos pasos de baile. La Sra. Mary de Bustamante quería entrañablemente al muchacho y lo invitaba las más veces que podía, tanto a su hogar como al fundo. Allí el muchacho estaba en íntimo contacto con la naturaleza: veía brillar el sol que se transparentaba en las hojas de los árboles y en la pequeña vertiente. Después del mediodía, el sol caía como espada de fuego y Josefo se recluía, sin ánimo de hacer nada. Pero pensaba mil proyectos: en su cabecita infantil se tejían ya, aventuras de química y compuestos, que le abrían horizontes inexplorados.

Gustaba de galopar y tenía allá en el fundo, un caballo dócil, pero hurraño a la vez con los extraños. Recorría en él, el campo donde crecía la alfalfa, bajo el amparo viril y seguro del sol. Pasaba largas temporadas en ese fundo y llevaba lo más que podía para sus horas libres: era todo un complicado mecanismo el hacer las maletas.

Varias veces viajó a Zapallar y a Algarrobo. En Zapallar estuvo una semana con su inseparable amigo Fernando Ossa y para que el paseo fuera completo, llevaron sus respectivas bicicletas. Hacían en las mañanas un largo ejercicio y luego se bañaban en las frías aguas de aquel balneario. Fascinado por la aventura, inventaba cada día una entretención nueva y así se tiraba de los cerros en bicicleta, exploraban partes lejanas a caballo, conseguidos pacientemente, etc.

En Algarrobo se encontró con su amigo Gómez; el gordo, risueño y emprendedor, ajustó admirablemente también a las exigencias de aventuras del muchacho. En el tranquilo mar de Algarrobo, tamizado de sol y de verde, daban largas vueltas en bote y llegaban hasta la Isla, admirándose de todo, como si vieran por primera vez el espectáculo.

En las mañanas, salían a cazar conejos con perros. Los no-veles cazadores silbaban a los perros de las poblaciones obreras y éstos se iban juntando ladrando y saltando en derredor de los niños. Josefo les hacía cariño y él mismo imitaba de vez en cuando, el ladrido y el rezongar de alguno. Gómez y el muchacho parecían los capitanes de una guardia antigua —al menos así ellos se lo figuraban— que marchaban al combate con sus soldados. Algunas veces se juntaban hasta treinta perros, en una algazara indescriptible.

Volvían, cansados y contentos, trayendo algunos conejos y repartiendo los perros en sus respectivos hogares. Pero siempre uno de ellos los seguía hasta la casa de la Sra. Mary; eran vanas las amenazas para que se fuera. Allí estaba el can, con sus ojos humildes, meneando el rabo, esperando algún hueso o la salida nuevamente de José Federico.

En la tarde, algunos días, iban a ver primero y luego a ensayar después, los primeros pasos del baile. Allí, un pick-up, desgranaba la música de moda y los muchachos experimentaban la quietud de un bolero o los pasos precipitados de un boogie.

Muchas veces volvía a la playa, ya obscuro, y conversaba con Gómez: sus planes, las anécdotas del día. ¿Entrevería allí, tres años antes, que el mismo mes de enero en el que tejía tantos proyectos y tantas ilusiones, marcharía para siempre de este mundo, apresurado, inquieto como había sido siempre?

—¿No existirá —pregunto yo— alguna intuición, un adelantarse a los acontecimientos que nos haga sentir algunas veces, el filo de la muerte?

Josefo miraba el mar, tranquilo, bañado por la luna y sonreía feliz y seguro a su futuro...

CAPITULO VI

SEGUNDO AÑO DE HUMANIDADES

Había llegado ya el 15 de marzo. Casi sin sentirlo. El muchacho había distribuido sus vacaciones en la costa y luego en el campo. Como el seis de marzo había regresado a Santiago y se había dado “un atracón” de películas. Le encantaban las de aventuras, con muchos puñetes y se desvivía por las de dibujos animados.

Llegaba el año 1952 desde el punto de vista escolar; decenas de madres con sus respectivos hijos hacían largas colas en la Librería Eureka y los más grandes efectuaban estas diligencias con el dinero de su propio bolsillo. ¡No hay como sentirse importante, teniendo algunos billetes en la cartera! Se abre parsimoniosamente, se pregunta en alta voz ¿Cuánto es? y se paga con billetes nuevos y relucientes.

Idéntica alegría experimentaba Josefo. Hacía ya años que él mismo compraba sus útiles, llevando después una cuenta a sus padres, la que generalmente perdía entre la montaña de papeles que inundaba su banco en la División. Pero era exacto para pedir y gastar; no se fijaba mayormente en el dinero y si encontraba una persona necesitada en su camino, era capaz de despojarse de su chaqueta, dársela y regalarle además sus monedas.

Debido a lo complicado de la vida moderna —ha dicho la Sta. Fernández— este niño no podía gozar de la compañía cariñosa y constante sobre todo, de sus padres. A pesar de sus amistades, había momentos de soledad y abandono, que él contrarrestaba con su bondad y su dedicación al prójimo. Nunca abusó de la libertad que sus padres le dieron —agrega la Sta. Fernández— pues se daba cuenta de su responsabilidad y de la confianza que don Federico y la Sra. Josefina habían depositado en él.

Al iniciar las clases, comprobó con íntima satisfacción que casi todos sus compañeros seguían en sus puestos: ahí estaba sonriente y gordo como siempre Patricio Bunster; más allá “el Calmatol” Mena; Guillermo de la Fuente, Correa Però que ese año dejara el Colegio, en junio, para ingresar al Instituto de Humanidades; Paul, el joven de los experimentos; el “negro” Díaz al cual embromaban por la plantación de pinos —léase unos— que tenía en el libro de Notas; “el elefantito” Sanfuentes; el nervioso Soffia, el “Mateo” Cruzat, el “conejo” Labbé y tantos otros. Además vió a varios nuevos y uno sobre todo, le llamó la atención por su corpulencia: Germán Aburto que con el tiempo, se convirtió en uno de sus mejores amigos. También estaban los hermanos Clarke: Maurice y Philip, éste último gordo y flojo, en contraste con su hermano que estudiaba incesantemente.

Los profesores que les fueron asignados eran ya conocidos por el muchacho: don Osvaldo Arenas en Francés; don Oscar

Skewes en Inglés; Castellano, conmigo; Historia, con el Padre Campos. El Sr. Laurent les seguía haciendo Trabajos Manuales. En él tenían un nexó con las ya lejanas preparatorias.

No por estar en clases, el buen muchacho dejó de preocuparse de sus quehaceres y hobbies. Siguió con Ossa haciendo experimentos y deslizándose, huyendo de los guardianes, por el Cerro Santa Lucía. Un día que un obeso y rabioso guardián les exigió la contraseña que indicaba el pago de la entrada, los muchachos echaron a correr. Por supuesto que no tenían ninguna contraseña. Sortearon algunos bancos y se dejaron caer barranca abajo. Pero esta vez no tuvieron gran suerte; se enredaron en algunas raíces a flor de tierra y rodaron. Felizmente no pasó nada, a excepción de algunas desgarraduras en el traje de Josefo y los retos en la casa.

Con bastante anticipación, Fernando Pimentel lo había invitado a su casa para el día de su cumpleaños. Allí se juntaron más de quince muchachos del curso y fué una velada agradableísima.

En Castellano, los alumnos hubieron de hacer una revista; el nombre era a elección de ellos y el precio también. La debían llenar con poesías, cuentos, narraciones originales, puzzles, "tallas" y dibujos. Muchos dibujos. Les daba plazo de un mes y era interesante ver cómo cada uno trataba de superarse en la confección de "su" revista. Hubo casos heroicos de alumnos que la hicieron tres veces.

Los nombres eran muy gráficos y personales: "El Macanudo", "El Rayo", "Filibustero", "Las Comadres", etc., sólo para citar algunos. Las páginas que más gustaban, pues se leían en clases, eran "Las Novedades del Curso" y en ellas, los alumnos comentaban las gracias y cualidades de sus compañeros y profesores, todo dicho en una forma sana y alegre.

Ejemplos de novedades eran: "Han caído dos marcianos en un disco volador" (Hermanos Clarke). El Mateo está muy estudioso con sus anteojos nuevos (Soffia). La Loca de Chillán (Alfaro). Sanfuentes (el Elefantito) va muy seguido al Zoo ahora que llegó Fresia. La Chuminga (Yáñez) está de Presidente del Partido Comunista. El chico Barros se amarra al cuello una campanilla para que no lo pisen. A Josefo le echaban tallas, recordando el Informativo Caupolicán de Primer Año. "Se arrienda un periodista aburrido" se decía de Stuvén.

Conservo la totalidad de estas revistas, menos la del mu-

chacho. Supongo que habrá tenido una buena calificación, dada su excelente redacción, buena letra e ingenio que poseía.

Ese año empecé a organizar el Grupo Teatral del Colegio. La pequeña Fiesta de la Gramática hecha en 1951, abría grandes posibilidades. El alumno que se adentra en un personaje y se atreve a enfrentar a un público, ya está triunfando. Y aprende a impostar su voz, anular los nervios, aprender gestos y mímica.

El primer obstáculo serio que había encontrado para la representación misma, era la falta de obras adecuadas para niños, sin personajes femeninos. Hurgué en viejos libros, consulté y nada había, con excepción de algunas obras para niños muy pequeños.

Entonces me acordé de un libro que en mi niñez había marcado hitos indelebles de bondad y de comprensión. Un libro que me había hecho sonreír, pero que más me había hecho llorar, anudándome la voz en la garganta: "Corazón" de Amicis. Con todo cariño releí sus páginas después de tantos años, y adapté algunas partes para teatro. Confeccioné cuatro breves actos y respeté lo más que pude los diálogos del novelista.

Busqué actores; José Federico fué uno de los primeros en inscribirse entusiastamente y comentó las perspectivas que se abrían a un grupo que iba a ensayar y luego a actuar.

Los ensayos se hacían en las tardes, después de clases. Se apiñaban sus veinte o más alumnos que ejercitaban su memoria para no saltarse parlamentos. El profesor era Eduardo Beas y los alumnos: Vicuña como el malvado Franti; Cruzat como Enrique; Buzeta era "el hociquito de liebre"; Bresciani trabajaba de Precusa; Gómez era el Calabrés, etc. José Federico era el niño tímido, con su brazo pegado al cuerpo, del cual todos se reían, menos Garrón, interpretado por Héctor Noguera.

Hay una escena en que Franti se burla de él, remedando a su madre y gritándole "Hijo de verdulera". Perdida la paciencia, el pobre muchacho le arroja un frasco de tinta que va a caer a los pies del profesor que entra en ese momento. Crosi se acusa a grandes sollozos. Josefo lo hacía a la perfección y ya me demostraba su profundo vena dramática que aproveché en obras posteriores.

Había además partes que enternecían: cuando llega el padre de Precusa, borracho y quiere pegarle a su hijo, pero el Inspector le muestra la medalla que el niño ha ganado con es-

fuerzo y paciencia, haciendo sus tareas en una silla. El hombre pide perdón a su hijo. Bresciani y Francisco Undurraga hacían esos papeles.

Gómez y Bunster debían hacer “los malos” en el primer acto, y pegarle a Crosi que era Stuvén. Cuando el muchacho les había jugado una mala pasada o una broma, ellos se desquitaban en esta escena, pegándole sus buenos coscorrónes de verdad, con lo cual la escena resultaba perfecta.

Los meses habían transcurrido y quisimos representar en agosto nuestra comedia; ya todos sabían los trajes que deberían usar, habíamos pensado en los muebles y decorados de cada acto y Mauricio Riesco había traído un soberbio tren eléctrico, que era indispensable en el tercer acto.

En esos días el Padre Alfredo Waugh S. J., apóstol de los barrios, sabiendo de nuestra obra nos entusiasmó para que la representáramos primero, en un teatro de barrio, con lo cual los actores eliminarían sus nervios y harían una obra de apostolado, entreteniéndolo a un barrio obrero.

Pero era indispensable un reconocimiento y un ensayo general en el teatro que quedaba ubicado en la calle Bío-Bío, próximo al paradero 1 de la Gran Avenida. Allá nos trasladamos un miércoles en la tarde, cuatro días antes de la función. Ibamos en el auto de Francisco Undurraga, por lo menos doce, apretujados, sin perder los muchachos su buen humor.

Ya al llegar empezaron las dificultades; eran las dos y media y aunque golpeamos repetidas veces, el gran portón del teatro, nadie abrió. Nos dirigimos entonces donde el Párroco de Santa Lucrecia que dormía apacible siesta. Nos enviaron las llaves y triunfantes, pisamos el umbral del Teatro Huemul. Un olor a herrumbre, vejez, nos saludó; la vista vió en lo que originariamente eran balcones, ropa tendida en toscos cordeles. No por eso nos desilusionamos, ni menos todavía cuando observamos el pequeño escenario y las cortinas un poco raídas.

José Federico hacía chistes a todo; lo veo examinando con detención las débiles butacas y luego correr a decirme alguna novedad. Subía al escenario y abriendo sus brazos, imitaba el canto de un tenor o de una soprano.

Eduardo Montes que era el utilero y electricista, encendió las luces y yo me coloqué en el escenario para ver si era posible traer los telones que teníamos. A todo esto, un curioso más, sacó la tapa del hoyo del apuntador, observando con estupefac-

ción que debajo existía un dormitorio y que en una de las camas, dormía apaciblemente una criatura. Se alejó a comunicarle la nueva a algún compañero, dejando su descubrimiento sin tapa. En ese momento, Bresciani que venía retrocediendo para abarcar con una mirada las dimensiones del telón, se sintió en el vacío y se precipitó por la abertura. Dimos un grito al verlo desaparecer; felizmente se alcanzó a agarrar de los bordes, y evitó así caer pesadamente sobre la criatura. Lo sacamos rápidamente y nos dimos cuenta que alguna fractura tenía en una de sus piernas. Estábamos pálidos; Francisco Undurraga nos organizó entonces. Yo lo llevaré al Hospital de una carrera —me dijo. Ud. se queda con los demás acá. Mientras tanto pueden ensayar.

Así se hizo pero, ¡con qué ánimos ensayaríamos! Al empezar el segundo acto, ordené descanso. Todos nos sentamos en las butacas a esperar el resultado. En ese momento llegó una señora muy voluminosa a ensayar bel canto, acompañada de su maestro. Daba unos gritos estridentes y el piano parecía bailar una danza loca.

A la hora y media llegó Francisco y Luis Eduardo; este último con la pierna entablillada, lleno de vendajes y mortalmente pálido. Pero a todos nos daba ánimos. Resultado: un mes de yeso, suspensión indefinida de la representación de Corazón, a pesar de los enojos del P. Mardones. A los pocos días cayó enfermo Héctor Noguera y luego yo.

“Corazón” no pudo representarse ese año, y otras dos veces que hemos intentado hacerlo, en períodos posteriores, hemos tenido que suspenderlo, por distintas razones. Alguna vez se escribirá la historia del teatro del Colegio, y allí tendrá que haber una digresión especial sobre las causas de los hados o del destino, que impide siempre a “Corazón” representarse.

Las clases de Inglés de ese año estaban a cargo del Sr. Skewes; entusiasta pedagogo trataba de enseñar por todos los medios, la fonética, a sus alumnos. El sonido bien pronunciado de las palabras, influye grandemente en la comprensión y avance rápido del idioma. Don Oscar llevaba a veces, su magnífica armónica a clases; poníase de acuerdo con José Federico o El Toscanito, como le decían ese año, y formaban un dúo extraordinario, interpretando alguna melodía o romanza de moda. Dimi-

nuto el muchacho, contrastaba con la altura imponente de su profesor. Al finalizar la clase, quedábase Stuvén junto con otros compañeros, mirando, remirando y practicando con los diferentes encendedores automáticos del profesor; ya era una botellita, una máquina fotográfica, un encendedor a gas de metano, etc.

Las notas del muchacho a todo esto, eran buenas; su fina letra, a pesar de su desorden en las cosas, le aseguraban junto con su clara inteligencia, notas satisfactorias.

Los miércoles en la tarde salía con Ossa y Gómez y algunas veces con otros compañeros que llegaban hasta su casa, como Patricio Bunster y Bresciani. Se servían las onces, practicaban en los aparatos cinematográficos del Sr. Stuvén, hablaban por el micrófono y luego salían al Cerro Santa Lucía. Como tenía pistolas y rifles, formaban pandillas y corriendo, se amenazaban entre la floresta. Más de alguna vez, hubieron de arrancar de la furia del guardián o de alguna pareja que deseaba la soledad.

Estaba feliz, el muchacho, con su magnífica acordeón, regalo de su padre. Como tenía muy buen oído, no fué necesario una lección preparatoria ni mucho menos, profesor para este arte. Las canciones más de moda, eran interpretadas casi fielmente por él. Sentándose en el living, deleitaba a su mamá, Violeta o al amigo que había traído. A la Sta. Cora Fernández, la mantuvo en la ignorancia en lo que respecta a este regalo. Un día, la llamó y cuando supo que ella estaba en el fono, le regaló con una romanza, bastante bien interpretada en acordeón.

En octubre organizamos en el curso, la Fiesta de la Gramática. Quizás, recordando el mal rato pasado con "Corazón", la hicimos en forma privada en el mismo curso. El muchacho leyó interesantes anécdotas de su diario informativo y el gordo Bunster hizo de Mago Abigail, el cual con los ojos vendados, contestaba diversas preguntas hechas por mí, desde el fondo de la sala. Hubo sorpresa y admiración. Lo que el curso no supo, fué que las preguntas y respuestas las teníamos preparadas de antemano.

Y así se fué el año 1952 para el muchacho; buenos exámenes, devoción profunda en el mes de María, alegría en la casa con los resultados, visitas al Zoológico que mucho le gustaba, despedidas de sus compañeros y profesores hasta el otro año. Feliz, buscando de prisa nuevos horizontes, integrando su per-

sonalidad con la certidumbre quizás inconsciente, de los pocos años que le quedaban.

CAPITULO VII

TERCER AÑO DE HUMANIDADES. 1953.

Ese año, como en otros anteriores, el muchacho pasó sus vacaciones en la costa, y en el fundo Miraflores de sus tios Bustamante-Stuven. Este fundo es extenso y está ubicado en Curacaví. Las mañanas son claras y frescas; un olorcillo a hierba mojada por el rocío, trasciende a la casa. Los campesinos salen a sus labores y a las diez de la mañana, ya se oyen risas y correteos por los corredores. Son los niños Bustamante: el mayor, Francisco Javier, callado y serio, deja muchas veces esa apariencia y se pone a jugar, gozosamente, con sus hermanos y amigos. Joaquín, el menor, es pecoso, extraordinariamente parecido al muchacho, aunque más bajo y débil. Carmencita gusta de los discos modernos y de las conversaciones serias sobre poesía.

Cuando llegaba el muchacho era alegría para todos: la tía Mary se imponía por él de las novedades de Santiago y de la salud de la Sra. Josefina y de don Federico. Carmen podía oír el último disco de moda que con infinitas precauciones, había traído de regalo, el muchacho. Joaquín tenía desde ese momento, un compañero inseparable de sus juegos. Y todo esto era presenciado, condescendiente y sonriente por el Sr. Bustamante, fumando su olorosa pipa...

Allá en ese fundo tenía su caballo predilecto; el mismo que monta José Federico en la foto en colores obtenida por su padre en 1954: la mano derecha en las riendas mira, casi sonriente, hacia lo alto. El deslumbre del sol hace maniobrar su cara. Esta foto es un símbolo, ya que nos da la impresión que su alma desea ver y escrutar las maravillas ocultas de la creación. Un mes después de obtenida esa foto, el Creador le va a dar en el gusto.

A principios de marzo volvió a Santiago; venía tostado por el sol y algo más macizo. No había crecido gran cosa. Había estado en Zapallar donde había tenido la amistad de algunos com-

pañeros de otros colegios, y bajo la vigilancia cariñosa de sus tías. Por unos días también estuvo don Federico y esas jornadas fueron para el muchacho, inolvidables, ya que intimó más con su padre, en ese ambiente de naturaleza y ambos rieron con las gracias hechas en el mar, o por los chistes oportunos.

Ese día llegó cansado; ya en la micro le había venido una modorra recordando quizás esos felices días de enero, y las zambullidas en febrero. Cuando se han pasado momentos agradables, son difíciles que no vengan en tropel primero, a nuestras mentes, cuando volvemos de la costa o del campo. Ya sea en la micro, tren o auto, dejemos un momento de hablar, para sumergirnos, digámoslo así, en las evocaciones. Nos escogemos las mejores, luego captamos el momento oportuno de cada aventura o episodio.

El muchacho venía recordando todo esto, sentado en la micro, insensible a veces a los ruidos molestos del motor, o a la conversación intrascendente de los pasajeros de atrás. No pudo dejar de sonreír al recordar sus viajes diarios en la micro del Colegio; ignoraba si este año sus padres se decidirían a contrararla de nuevo.

—Te vas haciendo mayor —le había dicho en más de una oportunidad su madre.

—No, si sigue siendo el niño de siempre; no lo hagamos crecer —replicaba solícita y cariñosa la Sta. Olga.

En esos viajes, siempre organizaba concursos, ya de preguntas o respuestas, de ubicaciones geográficas o de simples observaciones. Era una de risas y tandas, de las cuales también participaba el chófer de la micro. Todos los niños lo apreciaban y querían; para todos era un muchacho distinto, característico, con personalidad, que sobresale del montón de cabecitas que se educan y divierten.

Como le quedaban algunos días antes de entrar al Colegio, se dedicó a llamar por teléfono a sus amigos y constatar si ya habían llegado del veraneo. Luego, se iba por tardes enteras a la Oficina del Patronato Nacional de la Infancia, donde trabajaba su tía Olga. Allí conversaba con las Stas. Cora Fernández y Odette Hiriart. Después, como eran pocas cuadras, iba a esperar a su mamá, la Sra. Josefina, y tomándola del brazo se encaminaban a la casa. Y bastante que se demoraban en llegar, pues a cada momento José Federico, detenía a su madre para mostrarle en una vitrina tal o cual juguete, Meccano o artículo

de librería que era novedoso y original. Si en el grupo se encontraba también la Sta. Olga, era muy corriente que terminaran comprando tal o cual instrumento que al muchacho le había llamado la atención.

Le tocó estar en la división del Padre Marshall. Este Padre que recién llegaba al Colegio, seguía la táctica de mostrarse serio con todo el mundo. En las filas, nadie se movía en los primeros días por su aspecto imponente y sobre todo —cosa inconcebible para los niños— porque casi nunca hablaba. Esta seriedad fué perdiéndose a medida que el Padre se dió cuenta que había logrado la disciplina que deseaba y fué entonces conversando, intimando y formando el Grupo "Hospitalarios".

La misión de este Grupo es ir cada miércoles a un Hospital de niños, llevando alguna golosina, revistas o ropa a los niños enfermos. Laudable labor, que hace unir más a los seres humanos poniendo en práctica la parábola del Buen Samaritano.

José Federico con su noble corazón, fué uno de los primeros en inscribirse. Todo lo que fuera actividad hacia el prójimo, "ir a los demás" y sobre todo si era de índole y ayuda espiritual, contaba con el entusiasta apoyo del muchacho. Y durante el año 1953 y todo 1954, fué uno de los más fieles colaboradores del Padre Marshall.

En la última hora del miércoles, hablaba con el Padre y le preguntaba:

—¿Hay hospitales, hoy?

—Sí, Stiven. Era generalmente la respuesta. Y entonces exclamaba gozoso:

—¡Eso!

Y sin más comentarios, se reunía con otros muchachos, hospitalarios también, y se quedaba a almorzar en el mismo Establecimiento educacional. A las dos y media de la tarde salían, impacientes por llegar. A las cuatro estaban de vuelta. Venían aquietados, tranquilos, gozosos del deber cumplido.

Si alguna vez, había una circunstancia adversa para ir, Josefo exclamaba dando ánimos:

—Aunque llueva, truene o relampaguee, vamos.

El Hospital visitado era el Arriarán, y particularmente las Salas de Cirugía. Impresionados llegaban, pero el muchacho se daba cuenta que ellos iban a consolar y no a compadecer. Era así, entonces, como tomaba una actitud alegre que contagiaba a los demás y lo que —posiblemente los enfermitos quisieran

hacer desde sus camas—, lo hacían ellos: se pesaban en la balanza varias veces, se perseguían entre los catres y se reían a grandes voces. Luego, se iban a conversar con los niños; José Federico les preguntaba sobre el estado de su salud; les tomaba el pulso para comprobar la temperatura, les contaba aventuras “tomadas de la vida real” según él, pero que a sus compañeros que escuchaban, les quedaba la sospecha que eran simples “carriles”. Antes de retirarse, les exhortaba a tener confianza en Dios. ¡Qué hermoso y bello ejemplo de bondad!

En este año, nació Luis Alberto. Podemos figurarnos la conmoción en el pequeño departamento. José Federico vivió días sobresaltados y llenos de esperanzas. Por fin iba a tener un hermanito. Nunca había experimentado esa sensación, ya que era hijo único. Su infancia pasó entre los cuidados de sus padres y de la empleada. Entre primos y amigos. Pero no era lo mismo.

Podemos comprender su alegría al saber que había nacido un varón. Su fantasía, rica en detalles, empezó a actuar en el mismo momento que vió por primera vez a su hermanito: lo vió correteando por aquellas mismas partes que él lo hiciera en otros tiempos, torpemente, asiendo una pelota; luego, saldrían juntos y él le mostraría sus vitrinas predilectas. Pensaría muy bien la película antes de llevarlo al teatro, por primera vez, para que así la impresión inicial no fuera desfavorable en su vida. Esa idea se la había oído a un profesor en el Colegio, no recordaba cuál. Luego, las primeras letras con las monjas y el Colegio San Ignacio. No podría ser otro. Sería bueno para el fútbol, acaso actor en el teatro, quizás....

Un poderoso llanto del recién nacido lo volvió a la realidad; se asombró del poder de esos pulmones. Ahora lo veía tal cual era y no disfrazado por la fantasía y el futuro. Pequeñito, pero de cabeza grande, con los ojos semicerrados y la boca abierta, deseando el biberón.

La Sra. Josefina, adivinando los pensamientos y fijándose en la sorpresa de su hijo mayor, le dijo simplemente:

—He aquí a tu hermanito, del que tendrás que hacerte cargo tú.

Y se sonreía viendo el desconcierto del muchacho.

—Muy bien; aceptado. Ya verás como marcha derecho.

Y se habían reído los dos.

Desde ese momento, José Federico veló por su hermano y lo quiso de corazón hasta el último día de su vida.

El Colegio había comenzado bien; los profesores en tercer año A eran casi los mismo del año anterior. El ritmo educacional tuvo un alto en la Semana Santa. El P. Edwin Hodgson les había predicado algunas horas de meditación y el muchacho las había aprovechado bien.

Delante del Altar de la Virgen, le ofreció a Dios sus sacrificios y sus anhelos. Empezó a comulgar diariamente y era un estímulo para muchos, ver a ese niño, de pantalones cortos, bajo y pecoso, acercarse al Comulgatorio con paso lento y recogido, recibir la Sagrada Forma y volver a su asiento, con una alegría interior que su rostro reflejaba. Este niño irradiaba el bien —me dijo una vez el Padre Prefecto. Y era verdad.

En el Memento de los Vivos, en voz baja repetía diariamente: —Acuérdate, Señor, de mi papá y mamá, de mi hermanito, de mi tía Olga, demás tíos y parientes, de mis amigos y conocidos...” y seguía leyendo en su Misal: —por los cuales te ofrecemos o ellos mismos te ofrecen este sacrificio de alabanza por sí y por todos los suyos, por la redención de sus almas y como prenda segura de salvación...”

Las clases continuaron después de la Semana Santa; el Sr. Osvaldo Arenas profesor de Francés, siempre lo recriminaba en clases, porque no sabía todo lo que era capaz: —Sr. Stiven, le decía, estúdime más, para entretenciones y películas hay mucho tiempo en las vacaciones... Y el muchacho se ponía colorado y se hacía el firme propósito de estudiar más. En Matemáticas continuaban con el Sr. Hugo Giunio el que los amenazaba con el uno bimestral y luego los felicitaba al comprobar que no había ni un dos, ni menos un uno, en el bimestre. En Ciencias estaban con un nuevo padre: el P. Horacio Larraín, en reemplazo del P. Armando Leithle S. J. que había viajado a Argentina a continuar sus estudios. De factura moderna en la educación “Rapi” como lo llamaban cariñosamente al P. Larraín, llevaba a clases osamentas de pájaros, microscopios, grandes cuadros, esqueletos humanos, etc. En particular, les hacía coleccionar a cada uno mariposas, hojas de diferente lámina, etc.

Los sábados, Bunster, Gómez y otros amigos se juntaban y con el muchacho a la cabeza, se internaban en el Cerro San

Cristóbal o en el Manquehue, a buscar bichos. Llegaban sudorosos, cubiertos de polvo y arañados, pero triunfantes, con algunas mariposas, flores y hojas que luego colocaban en los Herbarios o Insectarios respectivos.

En Inglés los tomó el Sr. Armando Pereda; ya el muchacho no podía hacer dúos de armónica, como estaba acostumbrado a hacerlos con el Sr. Skewes. El Sr. Pereda les exigía bastante, con las traducciones y verbos ingleses.

En Castellano seguían conmigo; después del desastre de "Corazón" ya narrado en estas líneas, me había quedado tranquilo sin pensar en ninguna otra representación. Los muchachos seguían rindiendo en muy buena forma y nos reíamos de los nervios de Alfaro y Soffia que ese año dejó de usar anteojos; de Etchegaray, de la risa contagiosa de Buzeta, de los problemas de estudios de Clarke, etc.

El P. Campos los tenía en Historia desde Segundo Año, ya que en Primero la cátedra era del P. Gonzalo Errázuriz. El popular y querido Campitos, era recibido con grandes aclamaciones a su llegada al Tercer Año A. Sacerdote excelente, de un corazón de oro, comprensivo y humano, llegaba con su puntero y el mapa para explicar las invasiones bárbaras o los vientos alisios. El puntero le servía, además, para propinar su palo por las rodillas, al que quería entrar "chacoteando" a clases.

José Federico lo tuvo por varios años como Padre Espiritual; iba a él en sus cuitas y en las múltiples interrogaciones que se van planteando los muchachos de doce a quince años. La charla se hacía fácil con un caramelo, hablando en primer lugar del partido del día anterior o de la película vista. Insensiblemente iban adentrándose en los problemas profundos; el P. Campos con la experiencia de muchos años de sacerdote, fiel escrutador de las almas, unido todo esto a una comprensión bondadosa, oía y luego aconsejaba. El muchacho le guardó siempre un reconocimiento sincero y todas las veces que podía, iba a conversar con él. "Stuven tenía un alma transparente" me ha dicho el P. Mariano Campos, donde habitaba esa gracia santificante que lo hacía agradable a todos, dando él consejos, estímulos, antes que él recibirlos.

Un sábado en la tarde, quedaron comprometidos de ir al Parque Cousiño, Gómez, Aburto y el muchacho. El segundo, debido a su corpulencia y simpatía, era atraído por los diversos grupos del curso. José Federico también lo distinguió con su

amistad la que fué haciéndose cada vez más sincera y fuerte, a medida que los meses transcurrían.

Estaba nublado; gruesos nubarrones del Norte hacía pre-sagiar lluvia. Pero ellos no se incomodaron; al contrario, si llovía, sería una novedad más en el paseo.

—Llevo plata —decía el muchacho. Ya verán como nos divertimos en grande en los botes.

—Claro, así va a ser; hemos venido otras veces a las lanchas y se pasa re bien —agregaba Javier Gómez.

Pero al llegar recibieron una sorpresa. Por el tiempo amenazante, ese día no se arrendaban botes. Germán y Javier hablaron con el cuidador, pero en vano. No se podía y él no iba a aventurar su puesto, arrendando un bote.

A todo esto, José Federico se había quedado atrás, quizás por timidez pensó Germán, que poco lo conocía todavía.

Cuando ya los dos muchachos agotaron sus ideas para convencer al cuidador, se adelantó Stiven y con palabras llenas de calor, empezó nuevamente el ataque por el arriendo del bote.

—Sabemos todos que Ud. se gana la vida en esto. ¿Qué más le da si nos presta un bote, por una hora? Su familia se lo va a agradecer.

El cuidador abría y cerraba la boca sin poder articular palabra. Tantas eran las dichas por ese muchachito rubio y pecoso, tan diferente a los otros dos.

—Hemos venido especialcente acá a andar en bote. No nos puede defraudar. Ya, mi amigo, préstenos éste.

Y cosa increíble para Aburto y Gómez: el cuidador, agotadas sus negativas, acercó un bote, los ayudó a subir y se los arrendó por toda esa tarde. Felices y contentos, regresaron.

Desde ese día, Germán miró con buenos ojos y con admiración, a ese muchachito que sabía convencer con su palabra y con su sonrisa.

Los domingos ayudaba a su padre en su negocio de ofrecer películas instructivas a los diversos hogares, en Matinéés infantiles. Muchas veces, por indisposición de don Federico, el muchacho debía ir solo con los aparatos y el telón, y a decir de muchos, se portaba a las mil maravillas.

Pero cosa curiosa; era en esos ambientes de alegría infantil, de rostros desconocidos en su mayoría, donde el muchacho

se sentía cohibido y mostraba su faceta de timidez. Perdía su aplomo y resolución y casi su eterna sonrisa en los labios. Para él era un deber; un trabajo demasiado serio y, terminada la distribución de los films, cuando todavía duraban los comentarios y risas de lo ofrecido, el muchacho, silenciosamente, guardaba los útiles, las películas y abandonaba ese hogar. Recién, entonces, volvía la calma, la sonrisa y su alegría y —feliz— daba cuenta a don Federico del resultado de aquellas matinées.

La casa de Javier Gómez distaba una o dos cuadras del departamento de los Stuyen; era una mansión amplia, con muchas piezas y recovecos, especial para jugar a los bandidos.

Fué una tarde antes de las vacaciones de invierno; se habían agotado los juegos de salón y se había producido entre los dos amigos, esos silencios tan elocuentes de niños, que nos indican que sus pensamientos vagan muy lejos.

De repente, el muchacho exclamó: —Juguemos a los bandidos.

—No, eso está muy trillado, contestó Javier. Por otro lado, mi mamá no quiere que rayemos el piso.

—Si estos bandidos van a ser gangsters, ganchito. Van a ser perseguidos por el techo. Nada de rayar el piso, contestó rápidamente Josefo.

Lo planeado por Stuyen era, en verdad, atrayente. Jugar un paco ladrón o hacerse los gangsters en ese techo elevado, era fascinante.

No midiendo el peligro, se encaramaron rápidamente y empezaron a gustar de las alturas y del juego. José Federico estaba feliz; corría desalentado, respirando a pleno pulmón. De improviso, el techo de tejas se hundió y el muchacho, en un grito, se vió atraído hacia abajo. No perdió su sangre fría en ese segundo y alcanzó a agarrarse de las otras tejas que, felizmente, soportaron su peso.

Javier se abalanzó a sacar a su amigo; ambos temblaban, imaginándose cuál hubiera sido el triste final del juego, si la Providencia no hubiera velado por ellos.

—Oye, Javier, dijo el niño, de esto ni una palabra a mi mamá.

—Ni a la mía, contestó afirmando el gordo Gómez.

Respiraron aliviados, cuando pisaron tierra firme. Y más cuando fué pavimento de la calle.

Se dirigieron entonces a los Entretenimientos Diana. Allá todo era bullicio, tómbolas, caballitos y luces multicolores. Alegría sana, que encantaba a Josefo.

—Espérate —le había dicho Javier— me voy a poner el abrigo. Está haciendo mucho frío. ¿Y tú? ¿Pasamos a tu casa?

—No, no hace falta, contestó el muchacho. Me pongo las manos en los bolsillos y listo. No más frío.

Era extraordinario ver a este pequeñín, en pleno invierno, sin abrigo; sólo algunas veces, una bufanda. Las manos bien plantadas en el bolsillo, desafiante, mirar a los otros que, ataridos, lo miraban con espanto. Su abrigo se guardaba intacto en el colgador de su casa. Nunca lo vi en el Colegio, con abrigo; y muy pocas veces con overol. Gustaba de sus pantalones cortos y de su chaqueta. Cuando el P. Dussuel se ponía bravo, exigiendo en las filas y en la clase el overol, entonces recién José Federico se lo colocaba.

Ya en los Entretenimientos, se dirigieron al Tiro al Blanco; después de mucho regatear, el muchacho colocó las monedas en el mostrador e hizo puntería a los patos que en larga fila, pasaban a dos metros de distancia.

—Caramba, le erré uno. Pero vas a ver, Javier, como éste no se escapa, decía, mientras preparaba el fusil con una nueva plumilla. Y con los labios apretados, y poniendo todo su corazón en el tiro, disparaba.

Algunas veces le iba bien, otras mal y entonces lo consolaba Javier:

—Hoy están malos los fusiles. Vamos a ver las tómbolas.

Cansados de trajinar por los juegos y libros, se encaminaban a la casa. Con las manos en los bolsillos, chuteando una piedrecita, se despedía en Merced de su amigo. Silbando, tomaba el ascensor y llegaba a la puerta de su departamento. Su manera de tocar era característica. Algunas veces, la empleada había salido y él se entretenía pintando monitos y haciendo filigranas con lápiz en el mármol o en la pared. Eso fué borrado después de su desaparecimiento.

Pero siempre, más allá de las siete de la tarde, estaba su madre, intranquila por la tardanza.

En fin, eres tú, muchacho. Ya me tenías nerviosa.

—Soy yo, pues, mamacita, contestaba el muchacho, echán-

dole los brazos al cuello. ¿Y Luis Alberto? Ah, ahí viene ese ma-
lilla.... ¡Quiubo!

Era de verse cómo el hermanito se reía y alegraba al ver al muchacho. Dejaba otros brazos, otras caricias para irse con él y recibir su afectividad. Ambas almas, la bondadosa y seráfica del muchacho y la angelical y nueva de Luis Alberto se completaban, se amalgamaban en ese hogar. Y al ver a su hermano, el corazón noble y recto de José Federico se henchía de gozo, se sentía responsable en su fraternidad y miraba la vida con más optimismo y esperanza....

Vinieron las vacaciones de invierno; diez días de holganza, de levantarse más tarde y sobre todo, disponer de todo el tiempo para sus entretenciones. Llamaba por el cable tendido entre las dos ventanas, a su amigo Ossa. Este le respondía, luego.

—Oye, Fernando, vamos a andar en bicicleta toda la tarde. ¿Qué te parece?

—Macanudo... en cinco minutos bajo.

—Te espero en la puerta. Apúrate...

Antes de los minutos indicados, Ossa estaba con su amigo. Los dos en bicicleta iban felices, sorteando a los trolleys y autos de esa arteria.

Pero José Federico no iba a andar en bicicleta sin objetivo. Ya tenía todo planeado.

—Vamos a la fábrica Nobis. Queda cerca de Renca. ¿Qué te parece?

—Macanudo, respondió con su palabra favorita, Fernando.

—Allá nos darán tapas y sus buenos refrescos. Veremos cómo se fabrican las ricas bebidas Nobis, decía entusiasmado "el Toscanito".

El día era espléndido e invitaba a excursión. Pronto estuvieron en el camino más abandonado y preguntando una y otra vez llegaron a la fábrica.

—Tengo re harta sed, decía Fernando. Ya, vamos luego a la Portería.

Pero se llevaron un buen chasco; ese día los obreros habían presentado un pliego de peticiones a la Gerencia y se encontraban en huelga. Todo estaba paralizado.

—¡Esto sí que está bueno! exclamó malhumorado Fernando. ¿Qué vamos a hacer ahora?

—Y te parece poco este paseo espléndido en bicicleta —contestó el muchacho, tratando de arreglar la molesta situación. Y agregó: Sigamos en bicicleta hasta ese otro camino que se ve a lo lejos. Ya veremos qué pasa.

Y siguieron; llegaron hasta una bomba de bencina. Allá José Federico preguntó qué camino era ese, y con asombro supieron que era la Panamericana.

—Entonces hay que seguir.... —dijo el muchacho. Llegaremos hasta Polpaico.

La vuelta fué más penosa; cansados, fijaron su vista en un frutillar.

—¿A cuánto las frutillas, señora?

—A ochenta el kilo, caballero.

—¿Has oído, Fernando? A ochenta el kilo. Una ganga, gancho, una ganga.

—Le vamos a venir a comprar señora.... pero no suba el precio. Mañana sin falta estaremos acá.

La voz fuerte del muchacho se perdió en la carretera. Pedaleaban ahora con más fuerza, aleccionados por las frutillas que podrían comprar.

Esa noche, en la casa de don Federico hubo conmoción.

—Tan baratas las frutillas. ¡No puede ser! comentaba la Sta. Olga.

Argumentaba el muchacho: —Pero si le pregunté a la señora encargada. Y me las dan escogidas.

La Sra. Josefina, sentada en el living, sonreía.

—Bien, señoras. ¿Quién de las dos quiere aprovechar la ganga de mañana? ¡Y son tan ricas las frutillas! ¿No es cierto, tía Olga?

—Ya lo creo, contestaba la tía.

—Bien muchacho; aquí tienes dinero. Mañana saborearemos esas ricas frutillas —finiquitó el asunto la Sra. Josefina.

—Eso, mañana a comprar las frutillas.... y abalanzándose sobre su hermano, cayó con él a la alfombra en una amistosa lucha que encantaba a Luis Alberto. Pronto lo sentó en sus rodillas.

—Y ahora, Violeta —le dijo a la empleada que andaba en el comedor—, a darle la papa a este pelado para que le salga más pelo, todavía.

La Sra. Josefina y la tía Olga no pudieron contener la risa. Al otro día en la tarde, los preparativos eran grandes. La

Sra. Josefina le dio una gran bolsa y papel necesario para traer la fruta; como el día era de sol el muchacho fué con chaqueta y colocó su billetera en el bolsillo del pantalón. Últimas recomendaciones y ya estaban los dos niños listos para partir. En el postrer instante, bajó apurada la Sta. Olga y entregó más dinero para las frutillas.

—Aquí los esperamos para saborear las frutillas —dijo en son de despedida la Sra. Josefina.

Y partieron, llenos de esperanza, saboreando esos momentos de expectación en los detalles de la vida, pero que para el muchacho significaban la alegre existencia.

Frenaron bruscamente al llegar; acomodaron las bicicletas en el sitio y se fueron a pedir las frutillas.

—Cuatro kilos, por favor, señora.

—Muy bien, caballero, Al momento.

Agotados por el esfuerzo del viaje, se sentaron en un rústico banco.

—Voy a tener lista la plata —previno el muchacho.

—Sí, es mejor para no demorarnos más —contestó Fernando Ossa.

Hurgó el niño en el bolsillo de su pantalón y se puso pálido. Se levantó e inspeccionó todos sus bolsillos.

—¿Qué te pasa?, preguntó alarmado Ossa.

—La billetera, no está la billetera y ahí traía la plata —replicó consternado el muchacho. Y solucionando rápidamente el problema con la señora que ya traía las frutillas: —Señora, volvemos inmediatamente.

Y empezaron una búsqueda de la billetera por los alrededores; de un negocio llamaron por teléfono a la casa, por si acaso había quedado olvidada allá: nuevas conmociones de las dos señoras que esperaban las frutillas; miradas ansiosas de los niños en la carretera. Nada.

Volvieron tristes a sus casas. Todos se quedaron con las ganas de saborear las ricas frutillas tan baratas.

Episodio que recuerdan con pena y alegría a la vez —desaparecido ya el muchacho— la Sra. Josefina, Fernando Ossa y la Sta. Olga.

En III A era bastante amigo de Fernando Silva que había llegado al Colegio el año anterior. Este niño recuerda que siem-

pre el muchacho lo convidaba a tomar onces a la casa; como era despreocupado, olvidaba avisar y la buena Violeta lo recriminaba.

—¿Por qué no avisa que va a venir con un amigo? Y tan tarde que llega.

—No se enoje, Violeta —le decía cariñosamente José Federico; si está muy apurada por salir, yo mismo me hago el té. ¡Qué tanto da!

A ese argumento nadie se resistía y en pocos instantes, la visita y el muchacho saboreaban una humeante taza de café.

Después de onces, generalmente, iban a las Casas de Discos. Allí José Federico era amigo de todos los vendedores.

—¿Cómo está, señorita?, decía sonriente el muchacho. ¿Podríamos escuchar algunos discos?

Naturalmente, decía la vendedora. Yo sé cuáles les gustan a Uds.

José Federico y Fernando Silva se instalaban, entonces, cómodamente en un compartimento de audición, a escuchar su música favorita. Raras veces compraban un disco y a pesar de eso, las vendedoras no se enojaban; al contrario, quedaban felices.

El muchacho irradiaba el bien por intermedio de su simpatía; nadie podía enojarse de verdad con él. “Toda la gente que hablaba con Stuvén quedaba feliz” me han dicho los amigos más íntimos del muchacho. Y era así; la verdad era así. Dichosos aquellos seres que saben hacer feliz a sus semejantes; que pacientemente escuchan los sinsabores del amigo y nunca cuentan sus cuitas; que estimulan con el consejo, el apretón sincero de manos, con la oración salida espontáneamente del alma.

Los meses de 1953 siguieron transcurriendo como el agua que insensiblemente es sumida por la tierra. Y más para Stuvén que tantas actividades y proyectos tenía entre manos. Ya estaba tranquilo por un momento en su casa, leyendo las Revistas Cómicas que compraba en grandes cantidades; ya escuchando música o transmitiendo algún concurso por teléfono.

Era de una gran imaginación y ocurrencia. Con Fernando Silva, Gómez y otros compañeros, se instalaban en el living de la casa y empezaban a llamar a diversos números:

—¿Aló. . . hablo con el 73420?, decía el muchacho.

—Sí —respondía, lejana, la voz.

—Bien, Ud. habla con la Radio del Pacífico. Estamos en el

Concurso "Adivine Ud. el disco". Por favor, escuche y díganos de qué melodía se trata.

Entonces, Gómez, Bunster o Silva colocaban el pick-up y una melodía se dejaba oír. Generalmente eran discos conocidos, de moda.

Si al momento la persona no adivinaba, el muchacho ayudaba algo, estimulaba; su voz poderosa y agradable, imprimía al oyente una verdadera voz de locutor.

—Se le enviará a su casa un cajón de Manzanas Aspromán, las más sabrosas y las que auspician este programa, por adivinar la melodía —continuaba el muchacho mientras sus compañeros apenas podían contener la risa.

—Gracias, mil gracias —decían al otro lado del teléfono, después de decir su dirección. Hasta pronto.

—Otro que cayó —decía Silva, frotándose las manos. Mañana esperará las manzanas.

—Y pasado mañana también —agregaba el muchacho. Hasta que se olvidará del asunto.

En esos días, preparaban los partidos políticos una elección de diputado o regidor. El cronista no recuerda bien.

José Federico que vibraba con todos los acontecimientos, no podía permanecer ajeno a las actividades que otros realizaban. Un miércoles en la tarde, convidó a Fernando Silva a su casa e instalaron, no sin grandes esfuerzos, el parlante de las películas de don Federico hacia la calle. Conectaron el micrófono y el pick-up y guiándose por el nombre de cualquier candidato, empezó el muchacho a hacerle una intensa propaganda desde el cuarto piso. La gente que transitaba en esos momentos por Merced, se detenía a escuchar la entusiasta propaganda o a oír el disco con el que se subrayaba lo que se decía. Más de alguna persona, amiga de los Stiven habrá pensado: —Caramba, no sabía que a esta familia le gustaba este partido político. ¡Qué avanzados!

Colocamos estas divertidas anécdotas en estos recuerdos, para que se sepa que José Federico era de un espíritu amplio y travieso que vibraba con su edad. Todo para él era alegría, entusiasmo, novedad.

Supo tomar la vida como una vía alegre, a pesar de las amarguras y pesares; con su vista en la tierra, admirando la

Naturaleza, pero también en el Cielo. Su alma irradiaba la pureza; esa castidad no a machimartillo, sino alegre, espontánea, juvenil.

En 1953 era ya Aspirante de la Congregación Mariana y se enorgullecía de ello; un día de felicidad fué aquel en el que le impusieron la medalla de Congregante. Parece que ese día hubiera alumbrado más el sol y que el don de servir del muchacho hubiera adquirido aun, mayor relieve. Supo madurar en lo espiritual y ahí está una de sus grandes cualidades, ejemplo para muchos de su edad.

Las anécdotas que estamos narrando en estos Recuerdos, nos dibujan no a un ser ideal, lleno de vaporosas nubes, o un santo dedicado a sus piadosas oraciones. José Federico era nada menos que todo un niño; un infante candoroso que se apronta a dar el salto de la pubertad. Y no se le veía por eso malhumorado, amargado, esquivo. No, al contrario, amigo de todos, ayudando, dedicando sus energías a todas las actividades y hobbies sanos de la juventud.

Algunas veces se iba con Patricio Bunster a hacer largas caminatas... andar, llegar cansados, pero alegres. Subía al Santa Lucía y más de una vez se propuso con otros compañeros, llegar hasta la misma cumbre, para ver cómo se disparaba el cañonazo de las doce. Pero, llegado muy cerca, tuvo miedo y arrancó. El estruendo vino, dejando pálido y tembloroso a nuestro niño. La sonrisa vino mucho tiempo después.

Luis Alberto seguía creciendo; el muchacho se impacientaba al ver que el desarrollo era tan lento. En la capota del coche de su hermanito había colocado con tiza, en grandes caracteres "Luis Alberto". Horas enteras se pasaba con él; lo acariciaba, le propinaba sus cachetadas suaves "para que aprenda a ser hombre", como él decía; lo arrullaba, lo tiraba a la alfombra, lo mecía, etc. ;Qué de cosas no hacía con su hermanito! Lo idolatraba y ese cariño lo tuvo hasta el mismo día de su inmolación.

En el Curso, las cosas seguían bien; la unión de los muchachos del tercero A se robusteció más con el movimiento del "justicialismo" que algunos alumnos crearon, más por chacota y broma que por otra cosa. Era una especie de Consejo de Curso, aunque sus comienzos fueron negativos. Había dos profesos-

res muy estrictos, según ellos, y los chiquillos quisieron que no fueran tanto. Pensaban que con una unión férrea podía hacer grandes cosas. "Davison" Undurraga y varios otros se entusiasmaron con la idea.

Y vinieron las reuniones; presidía Germán Aburto y Manuel Cruzat; actuaba de secretario Fernando Silva y los Consejeros eran Bresciani, Labbé y Jorquiera. Nuestro muchacho era el abogado y con tal título debía defender los puntos de vista de sus compañeros, aunque algunas veces se sofocaba de la risa con lo que decía.

Era toda una organización con sus sesiones privadas de la Junta y otros "ampliados" en jerga moderna, con asistencia de todo el curso. En uno de esos ampliados, los pilló la campanilla para ir al Estudio, pero nadie se movió. Deseaban hacer una demostración de fuerzas. Estaban nerviosos y los menos intrépidos, deseaban abandonar el local. En la División, la sorpresa del Padre encargado fué mayúscula: no había nadie del tercer año A. Como ya se comentaba el Justicialismo de este curso, el padre supo a qué atenerse. Fué a buscarlos a la clase y les ordenó ir al estudio. Todos fueron, pero en fila india. Habían cumplido su cometido.

El Justicialismo del Tercer Año A se cortó bruscamente y al año siguiente algunos de sus componentes pasaron al IV B, en vez del A; Silva, Aburto, Davison Undurraga, Villarino y Sanfuentes. Todo fué motivo de risa para estos "exilados" y cuando recordamos con estos muchachos esas anécdotas, vuelve siempre en ellas la figura del "abogado" y consejero del curso, el querido muchacho.

El P. Horacio Larraín organizó ese año algunos paseos a la Leonera, ya en plena Cordillera y a la que asistió varias veces, José Federico. Todo era motivo de algazara; primero, en la casa, preparando las frazadas, las conservas y consiguiéndose botines resistentes. Luego, el viaje en el camión hacia esas regiones tan hermosas. Los días allí eran inolvidables. El P. Larraín interpretaba en su acordeón hermosas melodías como "La Casa de Piedra" que eran coreadas por todos los muchachos. Los más intrépidos como el mismo sacerdote, José Federico y otros, se levantaban muy de mañana, y se sumergían en las

frías lagunas, mientras los demás miraban con ojos incrédulos desde sus tibios lechos. Allá Germán Aburto unió más sus lazos de amistad con el muchacho y juntos se internaban en gratas excursiones que duraban varias horas. Ya al atardecer, cuando el sol esgrimía pinceladas de pintor en esa región hermosísima, volvían a la Casa, comentando las alternativas de esas exploraciones tan interesantes.

En otro paseo, el Padre Marshall los llevó a Calera de Tango. Este es un lugar deleitoso, algo distante de Peñaflor, que reúne todos los motivos para estar tranquilos y aislados del mundo. Sus viejas piezas, refaccionadas, guardan el recuerdo de otros tiempos; allí se encuentra el árbol de San Martín en donde habría amarrado su caballo el gran General; un antiquísimo fogón que servía para forjar maravillas en oro y plata.

Don Manuel Osorio, el administrador y gran amigo de Calera de Tango, conversaba con los muchachos y en broma, les recordaba que algunas almas de sacerdotes ya muertos, vagaban en la noche por los corredores. Con esto, quizás, trataba de hacer permanecer quietos a los niños en esas noches, previendo algún desmán. Lo dicho, recordado precisamente en la noche y oyendo el ladrido de los perros lejanos y el viento en las ramas de los árboles, era para atemorizar a cualquiera. Al baño no iba nunca nadie solo; iban tres o cuatro y siempre hablando o silbando, "para espantar a las ánimas" o dicho mejor, al miedo.

El P. Hodgson quiso hacerle una broma al muchacho; se encerró en una pieza a la cual, por casualidad se dirigía José Federico, junto con otro amigo. Al ver que la puerta estaba cerrada y tenía un hueco lo bastante amplio como para pasar la mano, el muchacho introdujo ésta para abrir por dentro. Pero con espanto, sintió que otra mano se la tomaba fuertemente; en su miedo y pánico la sintió fría, velluda, húmeda.... Casi hubo un desmayo, pero todo se solucionó rápidamente cuando apareció el Padre Hodgson, sonriente, y le explicó la broma.

Guardo una tarjeta del muchacho que me envió días después del fallecimiento de mi querida madre; él sintió también la tristeza que me invadía. En esos momentos terribles y agónicos para todo ser humano, como es la pérdida del ser a quien

más se quiere en esta tierra, tuve la sinceridad y el estímulo de mis colegas y alumnos, traducido en las oraciones, Misas y tarjetas que exteriorizaban su pesar.

El Curso seguía avanzando; llegaron las vacaciones de septiembre, en las cuales fui por unos cinco días a Las Brisas, lugar cercano a las Rocas de Santo Domingo, invitado por mi gran amigo y compañero de Universidad P. Leonel Ibacache S. J. y junto con unos seis alumnos. Fueron días de tranquilidad, junto al mar y en el campo. En la noche, acompañados por las melodías del P. Horacio Larraín, cantábamos y recordábamos. El murmullo del mar se oía a lo lejos y con la luna, veíamos platar y encender las olas tranquilas de la noche.

Luego improvisábamos pequeños actos teatrales, divididos en dos grupos. Al grupo encabezado por mí y en el cual participaba Ricardo Bezanilla y Manuel Cammas se nos ocurrió representar el episodio de un muchacho novicio jesuita cuyo padre desea que se salga y no sea sacerdote. Al final, el niño logra convencerlo. Leonel con sus cabros, representó la vida de un misionero jesuita entre los indígenas y la muerte de éste.

Una vez que estuve en mi casa, en Valparaíso, esas ideas representadas volvieron a mí y rápidamente escribí un libreto al que puse por título "Cumbres de Fe" y en el que amalgamé las inágenes de ambos Grupos. Una vez vuelto a Santiago, reuní en la Biblioteca a los alumnos que otrora se habían entusiasmado con la representación de Corazón. Les leí el libreto y esperé los comentarios y críticas.

—Esto se tiene que representar —recuerdo que me expresó Noguera.

—Claro, es macanudo —mintió solemnemente otro.

—Bien —les dije. A esforzarse. No olviden que el teatro es sacrificio. Habrá desaliento, amarguras, renunciadas a horas libres los miércoles en la tarde y domingos en la mañana. Tendremos la gran colaboración del P. Ibacache.

—Con todo gusto ayudaré a Alfredo —interrumpió el Padre aludido— y con esta obra crearemos el Grupo Teatral del Colegio. Llevaremos un objetivo dignificador al representar una lección de vida a los espectadores.

Para animar y respaldar a los cabros, ya que del éxito de esta obra dependía si el Grupo de Teatro seguía o no, el P. La-

rraín, el P. Ibacache y yo actuamos también. Los ensayos se hicieron en forma entusiasta y exhaustiva.

José Federico hizo el papel de Mano Mutilada ;terrible nombre que se justificaría dos años después!, un indiecito al cual, por su defecto, los otros quieren matar. Pero allí está el Misionero para protegerlo y alentarlo.

Los que vieron la obra, les llamó la atención el buen trabajo realizado por Stuvén. “Un futuro actor dramático, y de los buenos” recuerdo que me dijo don Guillermo Laurent.

En Cumbres de Fe, actuaron entre otros, Ricardo Bezani-lla, Alfredo Ovalle como el P. Rafael, Eugenio Lira, Manuel Cammas, Fernando Silva, Andrés Velasco, José Bullemore y Germán Aburto que hacía de Takunga, el malvado hechicero.

A todo esto, en octubre, el P. Dussuel ya había conversado con los esposos Stuvén y habían comentado el rendimiento de Josefo, que no era muy brillante en el período escolar de 1953. —No hay que apurarlo, decía el Prefecto— es muy chico todavía y creo que será de gran provecho que repita el curso. Sus notas no son para eliminarlo, pero una compenetración mayor y una madurez, son necesarios.

Los esposos Stuvén estuvieron de acuerdo. Se informó a los profesores de la medida. El único que no tenía idea de todo esto era el mismo muchacho, que seguía asistiendo a clases y rindiendo sus pruebas.

Llegó el mes de María y con él las promesas y la inminencia de los exámenes. Recién ahí supo Josefo lo acordado por sus padres y la Dirección del Colegio. Una gran pena lo embargó por momentos y lo tuve varias veces en la Biblioteca de alumnos, comentando el hecho.

—Te hará bien, Stuvén —le dije— así enfrentarás en mejor forma después, tu segundo ciclo.

—Sí, pero no tendré a mis mismos compañeros —se quejó el muchacho.

—Pero los verás en los recreos, en la casa de cada uno de ellos.

—Sí, tiene razón; por otro lado (sonrió maliciosamente) no tendré los nerviosismos de los exámenes y podré verlos tranquilamente.

—Te aseguro, le dije por último, que no te va a pesar haber repetido. Tendrás mejores amigos y buenos compañeros también....

Y se alejó ese día de la Biblioteca; menudo, de pantalones cortos, con su pelo rebelde, de cara pecosa, silbando, una canción de moda. Visitó a su consejero espiritual, al P. Hodgson, al P. Ibacache y tomando, ya al atardecer su bicicleta, se dirigió a su casa, donde comentaría con aparente alborozo, las novedades del día con su mamá y la tía Olga. Luis Alberto a esa hora, ya dormía plácidamente.

CAPITULO VIII

TERCER AÑO DE HUMANIDADES. 1954.

1954 fué para el muchacho la iniciación de nuevas actividades y el robustecimiento de las anteriores. Nunca consideró la repetición del Tercer año como una molestia y no le amargó ese pensamiento. Al contrario, en su Cuaderno de Reflexiones insistió muchas veces, que uno de los más grandes dones que Dios le había dado, era esa repetición. ¿Por qué? preguntaremos. Justamente por lo dicho anteriormente: por incorporarse a otros grupos y explorar nuevas actividades. Su vida espiritual se hizo más intensa y profunda. Ya iremos explicando los cambios que experimentó en forma profunda su personalidad. No quiere decir esto que dejara su espíritu alegre y bromista. Solamente lo encauzó hacia esos grupos donde él podía sacar alguna conclusión, en el sentido de conocer más a sus integrantes y ayudarlos en mejor forma.

Tenía condiciones excelentes de líder y consejero; esto era uno de los motivos porque sus compañeros lo apreciaban tanto. Muchos eran sus amigos y a todos les prodigaba afecto y simpatía, ayuda y estímulo. Había dejado a los queridos muchachos del III A, pero siempre los recordó y cuantas veces le era posible, iba a conversar con ellos y a indagar las novedades, celebrándolas con su risa característica: la boca abierta, los ojos semi-cerrados, sin emitir por largos segundos ninguna risa o carcajada.

Ese día de Marzo, próximo a ingresar al Colegio, se había quedado en cama, en uno de sus pasatiempos favoritos: recordar. Evocar sucesos o detalles de la vida que han agradado y meditar los desagradables; hacer un frío análisis de nuestras capacidades y obstaculizar los defectos. Ser mejores cada día, era un lema del muchacho. Recordó con nostalgia, las ocurrencias de sus antiguos compañeros. Un día de Noviembre que salieron antes del Colegio por no tener la última clase, se les había ocurrido hacer una visita al diario "La Nación". Como necesitaban un profesor, eligieron para ese cargo al más corpulento: Germán Aburto. Este cumplió a la perfección su papel y durante media hora, un empleado especializado asignado, les fué mostrando y explicando los mecanismos de las linotipias y demás máquinas del diario.

—¿Cómo irán a ser mis nuevos compañeros?, se preguntaba Josefo.

Le vino luego a la mente, un suceso que había molestado a su padre. ¡Claro que él lo había hecho sin querer! Con Fernando Ossa habían estado grabando en la cinta magnética, ruidos y conversaciones entre ellos, sin darse cuenta que don Federico había grabado allí especialmente un Concierto por un pianista notable que visitaba el país. Grande fué la sorpresa y la molestia de su padre.

—Eso me pasa por ser tan pajarón —se recriminaba ahora el mismo muchacho—. Debo fijarme más en las cosas.

Como estrellitas brillantes, vinieron a su recuerdo los experimentos químicos a los cuales era tan aficionado. —Me encanta lo desconocido —solía decir a sus amistades.

El P. Ibacache ha dicho: "aquel muchacho de cara pecosa necesitaba otros campos más amplios que no llegase sólo hasta el límite de la noble tierra donde nació; cuanto más le miraba, más imposible me parecía que pudiera pasar toda la vida, entregado a la existencia que hasta entonces llevaba".

Con Gómez, Ossa u otro compañero, preparaban mezcla de azufre y carbón, lo que producía una gran llamarada. Ya en las vacaciones, había hecho en el fundo de Curacaví, cohetes para Navidad y Año Nuevo, entreteniéndolo de esta manera a los inquilinos. También le encantaba fabricar tintas de diferentes colores y gozaba combinándolas. Una vez que tomó once en el Patronato, deslumbró a la Srta. Cora y a la tía Olga, quemando el papel mantequilla y comiéndoselo en seguida. Gus-

taba, pues, de lo atrevido. Las tintas las había probado todas, teniendo la roja un sabor especial, según decía a sus asombradas acompañantes.

Un gateo por el suelo lo sacó de sus abstracciones; era Luis Alberto que venía hacia él. —¡Hola, pelado! Ven conmigo... a ver un puñete... Subió al hermano a su cama y le hizo poner los brazos en actitud de combate. —Así pelearás después en el Gimnasio y le sacarás "la mugre" a todos. El muchacho se refería al Gimnasio del Banco, donde iba muchas veces a ponerse los guantes con algún amigo.

Luego se aburrió de estar en cama; llamó a Violeta para que se llevara al niño y empezó a vestirse. Lo deslumbraba un recorte de auto De Soto que descaba colocarlo en la muralla, al lado de los otros.

1954 fué para el muchacho un año de realizaciones, de intensa actividad y apostolado. Creció algo y maduró mucho. En los primeros días se le observaba callado, con un dejo de melancolía, observando a sus nuevos compañeros.

—Me siento como gallo en corral ajeno —me expresó en esa oportunidad. Pero luego conquistó el aprecio y simpatía de la totalidad del III B, preferentemente de Díaz, Urzúa y Bezanilla, que fueron sus íntimos amigos.

Era extraordinario ver cómo los muchachos se acercaban a él en los recreos, oían su fácil y amena conversación y se reían de sus chistes y anécdotas increíbles. Eugenio Lira me ha dicho: "siempre al encontrarme con José Federico sabía que me recrearía y que me haría bien conversar con él". Así, pues, de todos era amigo, pero sólo se sinceraba con aquellos a quienes analizaba y lograba conocer en un tiempo más o menos prudente. En todos los cursos tenía conocidos y éstos aumentaron, cuando lo vieron actuar en "Tom Playfair", de lo que hablaremos más adelante.

Los profesores de III B, los últimos que tuvo en esta vida, lo apreciaban de verdad: el P. Luis Pérez, en Matemáticas; el Sr. Luis Castro, en Inglés; el P. Campos, en Historia; el Sr. Arenas, en Francés; yo, en Castellano; el Sr. Fuentes, en Dibujo. Pero no las tenía todas con nosotros. Le exigíamos bastante, pues sabíamos todo lo que podía rendir.

—Sr. Stiven, estudie más mi ramo —solía decirle el Sr. Arenas. Y en verdad, el Francés era uno de los ramos que más le costaba.

—No se distraiga, Sr. Staven —le decía yo, pronunciando “a” en vez de “u” y él desde atrás se ponía colorado y luego se sonreía, al ver la cara de indulgencia del profesor.

En III B José Federico fué el encargado de la pequeña Biblioteca de la Segunda División. Las aventuras dramáticas de misioneros lo conmovían y junto con ser un gran lector, cumplió muy bien con su encargo de Bibliotecario.

El P. Marshall me ha manifestado: “era diligente en el préstamo de libros y en las campañas que se hicieran. Si había alguna rifa, Staven era el que más números vendía”. Y era verdad. Con su simpatía personal, detenía a las personas en la calle y les ofrecía números. Donde otros fracasaban, él triunfaba. Vendía miles de pesos en números. Una vez que le ofreció números de las Misiones a una respetable señora que se negó a adquirirlos, el muchacho le preguntó admirado: —Señora, ¿Ud. no cree en Dios?

Y ante el asombro de la señora, continuó: —Claro, porque si creyera, querría entonces que todos los fieles lo conocieran y ayudaría a las Misiones.

No hay que agregar que la señora colaboró, comprando varios números.

El Grupo Hospitalarios seguía en muy buena forma; ahora las reuniones se caracterizaban por los planes concretos que cada cual proyectaba. Una vez a la semana, oían Misa, ofrecían la Comunión y sacrificios del día por los niños enfermos. A este grupo se habían agregado algunos nuevos compañeros como Raúl Vergara y José D. Urzúa. Con el primero organizaban juegos antes del almuerzo de los días Miércoles; leían y comentaban las revistas que luego entregarían a los enfermos y preparaban algunos chistes para contárselos.

Por un tiempo, ayudó el muchacho en sus actividades apostólicas al Padre Alfredo Waugh S. J. En la camioneta “Cristo el Buen Pastor” se dirigían a los suburbios de la ciudad y a las poblaciones callampas. Allá el P. Alfredo evangelizaba y ellos entretenían a los niños, regalándoles golosinas y revistas. Esta actividad tan hermosa y apostólica llenaba de gozo el alma de Josefo.

El P. Marshall siempre recuerda los paseos, con que recompensaba en algo los desvelos y sacrificios de sus cabros

hospitalarios. Stuvén era uno de los primeros en ser invitado, pues "era un elemento de primera y todos lo querían mucho". En Calera de Tango representaron una vez una parte de La Primera Legión, con los milagros del Beato Martín. José Federico era la Srta. Davis, una joven paralítica que era sanada por el Beato. El dramatismo era impresionante hasta que el muchacho no pudo reprimir la risa.

Josefo, con su cara siempre sonriente, siempre amable y bondadoso, sentía en su joven corazón verdaderas ansias de superación, de salir de lo vulgar, de no ser uno de tantos —ha escrito el P. Ibacache, y agrega: —Pensó ser algo grande en la vida; por eso su primer deseo fué agradar a Jesucristo y su primera ocupación trabajar por El".

En III B, por ser compañero, intimó con el gordo José D. Urzúa. Cuando pequeños se entretenían adivinando significados de palabras en el Diccionario. Ahora, ya muchachos, crearon una Sociedad Técnica la Uryes (Urzúa y Stuvén), cuya finalidad era hacer un auto a vapor. Trabajaron pacientemente en los planos y José Federico ya se lo imaginaba listo; "se ponía fuego debajo de un tarro de agua —recuerda Urzúa—, se le colocaba un tubo de vidrio y las válvulas que movían (embolo de jeringa) todo el engranaje. El muchacho insistía en que se usara cobre para que fuera bien chileno". Los primeros meses fueron de ideas y proyectos entusiastas y luego trataron de perfeccionarlo.

Fernando Ossa, que nunca fué compañero de clases del muchacho, lo iba a buscar todas las mañanas a la casa y regresaban juntos en la tarde. Por lo general, José Federico abandonaba tarde el Colegio. Para mí, que permanecía hasta las 19 ó 20 horas en la Biblioteca, era una figura familiar la del muchacho que llegaba a conversar conmigo por un rato, mientras Ossa lo esperaba en la puerta. Dos o tres veces a la semana, me ayudaba y conversábamos antes de almuerzo; así supe mucho de sus proyectos y de sus andanzas. Pero no todos. Josefo sabía seleccionar sus proyectos y sus ideales, y los comunicaba a sus diversos amigos: a los padres Campos e Ibacache, los anhelos espirituales; a mí, de los de estudios y hobbies; a Gómez, Ossa y otros, de sus juegos y entretenimientos... Al conversar con sus íntimos con el objeto de reunir el mayor número de datos de Stuvén, y yo contarle algo del mu-

rhacho, se han sorprendido: —Eso no me lo dijo nunca. Yo no tenía idea de eso.

El P. Leonel, que ha escrito unos hermosos capítulos sobre José Federico, dice: “Era uno de esos muchachos en los cuales uno veía la mano de Dios. Sus palabras, su modo de tomar la vida espiritual y su vida de estudiante, eran un reflejo de su amistad con Dios, a la que no era egoísta. Por sus conversaciones, por la acción de gracias que daba después de la Comunión, uno se formaba una idea clara de su intimidad con Cristo. De todo esto conversábamos cuando me daba la alegría de ello”.

A la casa de Ricardo Bezanilla iba a menudo y también a la de Gustavo Valdés, junto con Raúl Díaz, tres excelentes amigos que también tuvo.

Con el primero organizaban una serie de juegos y proyectaron sacar el Diario Informativo que llamarían “La Copucha del III B”, recordando José Federico otros tiempos, el lejano ya Primer Año A y su Diario Caupolicán. Ricardo Bezanilla me ha mostrado la propaganda del diario que nunca salió. Iban al teatro y luego al departamento de los Stuvan, donde reían y veían las travesuras de Luis Alberto, que ya tanteaba los primeros pasos. Con Raúl Díaz salía en bicicleta y con él comentaba las primeras conversaciones que tenían con diversas niñas, con timidez, pero siempre sonriente. Con Valdés y Ossa hacían proyectos de publicar una novela: Josefo sería el autor de una policial.

¡Qué de inquietudes!, dirán los que lean estas páginas. Era la juventud que irrumpía con toda su pujanza, deseosa de conocerlo todo, de explorar lo desconocido como consciente de la premura del tiempo.

En Abril reunimos con Leonel Ibacache a los integrantes del Grupo de Teatro. Esta vez se trataba de representar “Tom Playfair”, según un libreto que escribí de la novela de Francisco Finn. Es la historia de un muchacho norteamericano muy mimado y por lo tanto revoltoso, que es enviado al Colegio de San Mauro para que estudie y corrija algunos de sus tantos defectos. Allí Tom hace de las suyas, pero paulatinamente va cambiando hasta ser el mejor alumno, querido y estimado por

todos. Dentro de esa alegría estudiantil, hay momentos dramáticos y fuertes, como es la muerte de Jaime Eldine a manos del malvado Harnett; y la despedida de Tom de sus compañeros y del Colegio, para irse a otro Estado.

Los actores tomaron con un entusiasmo inmenso los ensayos y los comentarios a la obra. Colaboraron todos tan bien que ya el 6 de Junio, la exhibíamos con gran propaganda y revuelo en el Salón de Actos. El triunfo obtenido nos impresionó a todos; quedaban atrás las rabietas y repeticiones de los ensayos, las dificultades de la escenografía, los telones pintados por la mano maestra de Claudio Bravo; los muebles, la electricidad, el maquillaje. Los chiquillos habían triunfado. Eso era lo que valía, gracias a la paciencia y esfuerzo de todos.

Para el muchacho, "Tom Playfair" tuvo gran influjo en su vida. Fué su despertar. Ese darse cuenta que poseía una cualidad de la cual podía sacar partido.

El papel asignado a José Federico fué terriblemente trágico. Le correspondió encarnar —dadas sus cualidades dramáticas— a Jaime Eldine, el muchacho tímido que ha visto un crimen y teme que el asesino lo busque, por ser él su único testigo. Tom, interpretado por Ricardo Bezanilla, le pregunta en el tercer acto por qué siempre tiene esa cara de asustado y Jaime, entonces, confía a Tom su secreto. En un paseo que hacen al bosque cercano al Colegio, por ser asueto y haber hecho algunos niños la Primera Comunión, incluso Jaime, domina la alegría. Están Pepito White, Alejandro Jones, Juan Keenan, aparte de Tom y Jaime Eldine. Los papeles anteriormente dichos eran interpretados por Adolfo Couve, José V. Delpiano, Eugenio Lira, Adolfo Rojas y otros. Jaime Eldine queda solo y Harnett que anda, en verdad, buscando a su víctima, lo acuchilla y queda el niño desangrándose en el suelo. Tom acude a los gritos de Jaime y éste muere en sus brazos.

Estas escenas, alegres unas y otras profundamente dramáticas, costaron mucho obtenerlas. La alegría innata de los muchachos no cedía paso al dramatismo que exigía la obra. Sobre todo el muchacho que se tentaba de la risa en los momentos más culminantes, debiendo repetirse una y otra vez la misma escena. Más de una vez abandoné furioso el ensayo, por no obtener ningún progreso en él. Llegaba entonces, el muchacho a la Biblioteca y me decía: —No se enoje; ya verá que

todo saldrá a la perfección. Yo me comprometo a sacar con Germán esa escena, tal cual Ud. la desea.

No creí mucho en sus promesas, pero en el ensayo próximo, vi con sorpresa un adelanto notable en su actuación y la de Germán, que era el asesino Harnett. Supe después que habían estado toda esa semana, estudiando los papeles y ensayando por su cuenta, hasta las 8 de la noche.

Al saber esto, comenté con el P. Ibacache: —Estamos inculcando, Leonel, otra gran cualidad en los actores: la responsabilidad en sus papeles.

Hay muchas anécdotas de los mismos ensayos y del estreno; casi todas protagonizadas por el ingenio y simpatía del muchacho. Hacía reír, uno se enojaba, pero este enojo no podía durar. Sus gestos y comentarios traían la risa a los Directores también.

Cada movimiento de ese tercer acto era repetido hasta el cansancio; sus gritos: “No, no me mate.... auxilio.... socorro, Tom.... no, no me mate....” se elevaron a los centenares, hasta que quedamos con Leonel más o menos satisfechos.

En las conversaciones del muchacho con el P. Ibacache, en esas semanas, le expresó: “Cachi, hay una frase que debo decir en Tom Playfair que me está dando mucho que hacer de tanto repetirla. En mi conversación con Tom, antes de la escena del bosque, yo digo: Me gustaría tanto seguir sus huellas cuando sea grande.... ¿Nunca has pensado tú en eso?.... De tanto pensar cómo decir esto, me están entrando ganas de veras de hacerme sacerdote.... ¿Qué piensa Ud.?”

José Federico sacrificaba las tardes de los Miércoles por dos obras de hondo contenido: los Hospitales y el Grupo Teatral. La Srta. Olga le tenía a las siete una clase de Francés con una profesora. El muchacho rara vez aparecía, pues los ensayos se prolongaban hasta más tarde. Pero trataba de justificarse y pedía que la señorita esperara algunos minutos. El, sin falta, llegaría.

Leonel ha expresado: “En el trabajo dentro del grupo pude apreciar ese interés por los compañeros. Le vimos ayudando en cada detalle imaginable. Siempre dispuesto a sacrificarse”.

La muerte de Jaime Eldine en escena, fué la profecía trágica y sangrienta del fin de la existencia de José Federico

Stuven. Moría desangrándose en brazos de su mejor amigo Tom Playfair.

¡Qué de ingenio derrochó el muchacho, para que la escena resultara lo más real posible! Primero trajo una esponja empapada en tinta roja; no sirvió, pues antes de las cuchilladas de Harnett, ya tenía la camisa "ensangrentada". Luego, un trapo rojo que desechó inmediatamente. La solución mejor y que todos aceptamos fué que el mismo asesino trajera en una de sus manos, una pequeña cápsula de tinta roja; cuando le asestaba las puñaladas, dejaría caer disimuladamente "la sangre" en la camisa blanca de Jaime Eldine. Así se hizo y la escena resultó tan real y tan conmovedora, que el público no pudo ocultar su emoción.

Cuando cayó el telón en el último acto, y oíamos los aplausos prolongados y entusiastas de los espectadores, directores, escenógrafos y actores nos confundimos en un abrazo y en felicitaciones recíprocas. El rostro del muchacho resplandecía de gozo y cuando las críticas, tanto del Colegio como de otras partes estuvieron de acuerdo en que Stuven había sido uno de los mejores actores, humildemente comentó: —También los otros lo hacen muy bien y valen mucho...

En verdad, el mejor papel de su vida estuvo encarnado en ese Jaime Eldine; bueno, sonriente, tímido pero audaz en sus resoluciones, como que pensaba seguir las huellas de Cristo, dispuesto al sacrificio. Extraordinariamente coinciden estas cualidades con José Federico y por desgracia, su muerte también tuvo mucho de parecido al fin trágico de Jaime Eldine en escena.

Comentando la labor del Grupo Teatral, el muchacho decía: "Está bien desempeñar nuestros papeles y no debemos buscar sólo los aplausos, que esto pasa. Es preciso hacer el bien, enseñar en cada obra que representemos". ¡Qué hermosas y sentidas palabras, dichas por un niño de catorce años!

Fueron sus compañeros de escena, aparte de los ya mencionados, Jorge Cox como Sr. Playfair; Juan E. Contardi, en el abuelo; Ulises Aburto como el tío; Héctor Noguera en el papel del P. Middleton y Andrés Velasco, José Bullemore, Gabriel Törey, Luis E. Bresciani y muchos más.

"Tom Playfair" se repitió otra vez en el Colegio, conquistando muchos aplausos y luego fuimos al Colegio de los Padres Franceses, al Saint's George y al Pueblo P. Hurtado. En todas partes. los muchachos tuvieron éxito, que harto se lo merecían

después de los agotadores ensayos. Además, Tom Playfair fué irradiado por las Emisoras Chilenas. En el escenario del Pueblo P. Hurtado hube de encarnar al asesino por no concurrir en esa oportunidad Germán Aburto. Recuerdo que mucho se reía el muchacho al ver que habían cambiado de asesino.

Muchas veces habló confidencialmente con el P. Ibacache y luego con el Padre Arrau, y les expuso sus propósitos de ser sacerdote cuando grande. Se hacía muchos planes referente a este punto. Ocuparé esta misma sala suya, Cachi; me gusta, es tranquila y espaciosa. ¿Cree Ud. que lograré ser cura? preguntó más de una vez al P. Leonel.

—Hay que dejar al tiempo los designios de Dios, José Federico. Ahí tienes; mi vocación la tuve desde las Humanidades, pero recién se cristalizó al estar en la Universidad. Claro que sería muy bonito que fueras sacerdote, que lograras sobreponerte a todos tus problemas y siguieras ese alto ideal. Roguemos a Dios por eso, pues mi amigo.

Siendo scout, se puso por broma en una excursión, la sotana del P. Arrau y al verlo que se reía, junto con sus compañeros, el muchacho le dijo: —¿Se admira, Padre? Sólo me falta un poco de tiempo y ya no me la sacaré. Y luego bajando la voz, le dijo como en confidencia “es en serio lo que le digo”.

Dios tomó para sí, antes de la elección, esa alma buena, audaz y radiante.

Continuaban las clases; delante del muchacho se sentaba Sertsios y detrás Urzúa, con el que elaboraban planes en las clases que se hacían algo largas. Al costado derecho de José Federico, se sentaba Ochagavía y Naveillán y en el izquierdo, Vergara, Viada y Vial. A Viada le daban verdaderos ataques de risa, cuando veía hacer mímica al muchacho; ya era un soldado herido o uno que caía de un avión imaginario.

En mayo organizamos un paseo a Calera de Tango, con el P. Ibacache. De la partida fué también el muchacho, el que prologó durante esos días, su proverbial buen humor, las anécdotes

tas y las atrevidas excursiones. Recuerdo que a ese paseo fué StIVEN, Peña Fernando, Bullemore, Lira y Cornejo, además de Ricardo Bezanilla. En las tardes, subían al campanario de la antigua iglesita y viendo las comarcas lejanas, enhebraban en el humo de un cigarrillo, conversaciones que hablaban de las clases, de fútbol y de aventuras en las vacaciones. Bajaban, al anochecer, silbando y tarareando una canción.

A mediados de año se le veía más engominado y acicalado, más inquieto y preocupado. Los primeros atisbos de la pubertad, guiada por la vida espiritual intensa y la comunión casi diaria. Al verlo el cronista, en una kermesse en el Estadio del Colegio, con otro amigo y una niña, se puso colorado, saludó rápidamente y se alejó con ellos. Me reí, moví la cabeza y seguí caminando. Cuál no sería mi agradable sorpresa al ver que después de unos minutos, alguien me tomaba el brazo y se sonreía; era José Federico que había vuelto a saludarme.

—Muy bien acompañado, ¿eh? le dije bromeando.

—¡Las cosas suyas! me contestó.... Si es mi prima Carmen.... Bueno, chaíto, agregó y se perdió, ya de pantalón largo y con las manos en los bolsillos, silbando un charleston.

Al P. Ibacache le confió la admiración que sentía hacia una niña; le contó cómo iba en bicicleta con Díaz u Ossa, tocaban la campanilla al llegar, salía ella, los saludaba con la mano y se entraba a su casa; cómo había conversado una o dos veces con ella, cómo le gustaría sacarle una foto, etc. José Federico se adentraba en las inquietudes de un muchacho de catorce años y sintió como cualquiera, el toque de su corazón.

El Padre lo aconsejaba y el muchacho le pedía sus oraciones, para que en su vocación, pero también con la niña, le fuera bien. Era una dura elección y Leonel le expresó que con mayor razón, debía dejar al tiempo los designios que Dios quisiera.

Como hemos dicho anteriormente, en las tardes se iba a conversar con el P. Ibacache. Dejemos que él mismo nos narre estas reuniones: “esas conversaciones con José Federico me ayudaron mucho para conocer su alma, toda la generosidad que irradiaba su alma de muchacho noble. El tema de ellas, con frecuencia, era sobre sus estudios, ideales, grupo de teatro, algún compañero. Le noté una marcada tendencia a preocuparse de sus compañeros. Muchas veces era el puente a través del cual

yo podía llegar a otros muchachos. Esto no debe tomarse en el sentido de un "acusete". Se preocupaba de sus compañeros para ayudarles. Ofrecía por ellos la Santa Misa, comunión y alguna vez, sacrificios. Unas notas espirituales suyas revelan claramente éste, su ideal. Este cuaderno espiritual me lo trajo antes de salir a vacaciones con la condición de que cuando lo leyera, debía romperlo o quemarlo. Sin pensar en ese momento, lo que más tarde lamentaríamos, cumplí lo prometido. Me atreví, sin embargo, a sacar algunas notas que podían serme útiles más adelante en mi apostolado con los jóvenes; una de ellas dice textualmente: "Cada día me preocupa más la actitud de X. Ya no viene a las reuniones de la Congregación y cuando le he preguntado el motivo de este alejamiento, me responde que tiene mucho que estudiar. ¡Pobre X! Tengo que rogar mucho por él y hacer algunos sacrificios, pues yo sé que es otro el motivo, y para que no olvide del todo al Gran Jefe".

A todo esto, a fines de octubre, representamos nuestra tercera obra del Grupo Teatral "Los pasos resuenan atrás". El muchacho encarnó aquí a un huérfano de la guerra que huye y es socorrido en una casa Parroquial. De más está decir que el papel asignado, lo cumplió a la perfección.

Una verdadera etapa de superación y de realización generosa cumplió Josefo, ingresando a los Scouts del Colegio. "Allí encontró esa vida de fervor que buscaba con más ansiedad en ciertas ocasiones y ese estar fuera de la vida de estudios en el campo o haciendo alguna cosa rara que llenara sus inquietudes por lo misterioso" ha dicho un profesor.

Ingresó en junio a ellos y posiblemente le nació el entusiasmo "por el cariño a una vida sana, dura, de aventuras y de gran compañerismo entre los scouts" me ha expresado el P. Arrau, capellán de ellos.

Su patrulla fué Los Lobos y los jefes eran Elías Sánchez y Cristián Zegers. Aparte del muchacho, pertenecían a ella Gustavo Valenzuela, Alberto Viada, Andrés Velasco y Juan E. Herrera.

En la zona de Paine tuvieron una salida de Patrulla; todo era verdor, tranquilidad y en la quebrada había almendros en flor. Se ordenó levantar el campamento y catorce manos desenrollaron los bultos, no sin ciertas dificultades y se alzaron las carpas, en medio de los comentarios y risas juveniles. Y se

inició esa vida campestre tan original y tan maravillosa: observándolo todo, haciendo ejercicios, pelando papas y trayendo agua del estero cercano. Entre todos se destacaba el muchacho por la sana alegría, su risa y los comentarios. Ya pelaba papas cantando un bolero o iba a buscar los platos, danzando un vals. “Llegaba a impresionar su alegría” me han manifestado sus compañeros.

José Federico fué también a un Campamento de Scouts; esto es una unión armónica de entretención por algunos días y obligación que hay que cumplir en toda su extensión. Así el scout debe hacer su guardia en la noche, aprender a escalar con los cordeles un monte de cierta altura, conocer los primeros auxilios en casos de accidente, orientarse en lugares desconocidos, etc. Luego, el juego en los que alternan capellán, jefes y tropa. En verdad, un movimiento excelente de juventud que no rechaza el trabajo ni la obligación. Así fué el campamento de Quilamuta.

Las niñas de los fundos cercanos a lo largo de esos ocho días pasados en unión de la bella Naturaleza, iban al campamento y conversaban con el capellán y los chiquillos. Eran alumnas de Colegios de Santiago, parientes de muchos de ellos, que pasaban unos días de descanso en el campo, olvidándose un poco de los ajetreos escolares de Santiago. Entre ellas se encontraba la que producía tanta admiración en José Federico. Minutos antes de embarcarse en el camión y los scouts daban gracias a la Virgen por los días pasados, las niñas observaban con detención la escena. Se habían encariñado con esos muchachos que ahora partían. José Federico miraba de reojo a esa niña que había prendido una llama de amor en su corazón; antes de subir al camión, quiso sacarle una foto a todas.

—Acá, acá—decía— que salga con sol; como las fotos son en colores, necesitamos bastante luz.

Ya las niñas se colocaban en pose; el muchacho no lograba captar todo el grupo y empezó a retroceder. De repente, desapareció momentáneamente, máquina y fotógrafo. Un tronco se había interpuesto en el camino y José Federico se encontraba en el suelo, risueño y alegre, gozo que contagió a las que posaban y a sus compañeros que aguardaban en el camión.

De las tantas fotos sacadas por el entusiasmo de Josefo ninguna salió buena. El rollo se veló y desgraciadamente no nos quedó ningún documento gráfico de esa memorable jornada.

Dentro de toda esa actividad, llegaron los exámenes. En su casa, le habían premiado sus buenas notas, comprándole todo el equipo necesario para excursiones lo que lo hizo sumamente feliz. Era tal su entusiasmo que contagié a otros para el movimiento scout, tales como sus íntimos amigos Raúl Díaz y Germán Aburto, al cual convenció en el trayecto al almuerzo del Grupo de Teatro en "Les Gourmets". A este último le expresó en esa oportunidad: "Quien sabe te extrañe en los scouts, cuando veas que el tipo que menos te pienses, con el cual nunca hayas hablado, te ayudará; así también tú deberás ayudarlo, aunque sea lo más ridículo, lo más pequeño", palabras que no dejaron de impresionar a Germán.

En los exámenes le fué muy bien; conservó sus notas y algunas fueron subidas. ¡Qué mejor alegría para un educando!

Mi última conversación con él, fué en un banco de piedra del Colegio.

—¿Te vas siempre a la Escuela Militar?, le pregunté de improviso.

—No, Sr. Seguiré en el Colegio.

—¡Cuánto me alegro, pues, hombre! Era una tontera que te fueras.

Gran silencio; el sol caía oblicuamente sobre nosotros.

—Déme su dirección para escribirle, y apunte la mía... me dijo al poco rato.

—Ya, claro; pero escribe. Cuéntame todas tus actividades de las vacaciones. ¿Entendido?

—Conforme, me dijo el muchacho, levantándose. Bueno, Peñita (por primera vez me llamaba así) ¡adiós y felices vacaciones!

Sentí la presión de su mano noble y sincera.

—¡Felices vacaciones, José Federico!

Se alejó; iba a rendir su examen de Historia. Me quedé mirándolo y pensando que era un alumno y amigo de valer. En ese momento, Bezanilla y Lira, se acercaron a desearme también felices vacaciones.

Cuando volví a mirar, el muchacho ya había desaparecido.

CAPITULO IX

LA INTERVENCION DE DIOS

La Navidad llegó; la familia Stuken la celebró en Curacaví. El muchacho asistió con devoción a la Misa del Gallo; comulgó y luego se mostró alegre con todos. Hubo una pequeña Cena de Medianoche y al calor de la afectividad, se abrieron los regalos.

Al otro día, en la tarde, el Sr. Stuken sacó fotos familiares; en una de ellas, el muchacho montado en su caballo favorito, eleva su mirada hacia lo alto. En otra camina con Luis Alberto de la mano, serio, responsable.

El 31 de diciembre viajó a Viña con su tía Mary y los primos Carmen y Joaquín. Fué un día de agradable entretención; anduvieron comprando y paseando por la calle Valparaíso y era tal el gentío que dos veces se perdieron de su tía. Esto daba motivos para risas y comentarios del muchacho.

—Vamos a un balneario cercano, propuso la Sra. Mary. Allá comeremos y luego esperaremos el Año Nuevo en la Plaza de Viña. Así lo hicieron; fueron a Los Lilenes y todos, con curiosidad, pidieron mariscos. El espectáculo al anochecer era muy hermoso; las estrellas en el cielo y la luna reflejándose en ese mar plateado y hermoso. Desde la terraza divisaban las luces de Viña y muy lejanas, las de Valparaíso.

—Este ha sido un día fantástico, comentaba José Federico. ¡Mira, Joaquín, allá traen los mariscos que pedimos!

Efectivamente; los locos y los erizos venían a su mesa. Todos comieron con alegría y apetito.

Terminada la comida, se dirigieron otra vez a Viña; estacionaron el auto, no sin ciertas dificultades, y estuvieron contemplando la magnífica iluminación de la Plaza de Viña, semejante al esplendor de los jardines orientales.

—¡Qué hermoso es todo esto! comentaba asombrado el muchacho.

—Sí, corroboraba el pequeño Joaquín. No hay nada que hacer con Viña.

La medianoche llegó; sirenas, repiques de campanas, fuegos artificiales, barullo. Como para ahuyentar todas las penas pasadas. La Canción Nacional se dejó oír en el medio de la Pla-

za Vergara de la Ciudad Jardín, por la Banda Municipal. Toda la gente estaba más alegre y entusiasmada. Un bullicio que contagió a la Sra. Mary y a sus hijos. José Federico, en medio de la alegría, se concentró algunos instantes y pensó en todos sus seres queridos.

Ya de vuelta en el auto, el muchacho comentaba las alternativas de ese día y las profecías que había leído en algunas revistas sobre 1955. Para mí este año será sangriento, decía Josefo una y otra vez. ¡Y qué triste se cumplió ese hado!

Llegaron a Curacaví, cuando las luces de la alborada, sonreían al primer día de 1955.

Cercana la Navidad, recibí una tarjeta de felicitación del muchacho; le contesté con otra, deseándole unas gratas vacaciones y al terminar 1954, me escribía una hermosa carta, contándome que estaba en Curacaví, que allá el calor era insoporrible y que esperaba le contestara a mi regreso de Punta Arenas.

Como le había expresado que quizás no representáramos en el próximo período escolar, me alienta y me dice: “Y qué ha pensado sobre el teatro. No hay que desanimarse por tan poco, pues recién estamos comenzando. Y le diré que tengo hartas ganas de “trabajar” nuevamente”.

Luego, me expresa un sentimiento profundísimo: “Para qué le diré lo que echo de menos el Colegio. En época de exámenes no hallaba las horas de salir, pero ahora estoy loco de ganas de volver”. Hace por último planes para el futuro: “Le tengo su poco de miedo al cuarto año, pero pienso ponerle mucho empeño desde el principio para no preocuparme al final”.

Fué su última carta escrita con su letra decidida, de rasgos firmes, característicos. Al contestarle, le pido me escriba a mediados o a fines de enero, pues estaré ausente de Valparaíso, en viaje a Punta Arenas. De allí le envié una tarjeta el 17 de enero, cuando ya no pertenecía a este mundo. Ignoraba totalmente el fatal suceso.

También mantuvo correspondencia con el P. Ibacache, a la sazón en Calera de Tango. Le manifiesta sus problemas y sus deseos de servir a Cristo en todas partes: en las clases, en el campo, en la casa. Desea hacer catecismo entre los niños del fundo Miraflores y para atraerlos más, piensa obsequiarles con cohetes y proyectiles.

Y llegó el día aciago; para hacerse algunos exámenes médicos había viajado por unos tres días a Santiago. Le habían encontrado una afección al corazón, y la Sra. Josefina se había alarmado.

El 13, muy de mañana, fueron a una Clínica Central para que le hicieran un examen de sangre; era lo último y con ello se comprobaba que José Federico estaba totalmente sano

A la señorita, encargada de sacarle sangre, le preguntó:

—¿Ud. cree que un muchacho como yo, pueda estar enfermo del corazón?

Y se había reído, junto con su madre.

Se veía un poco más alto, espigado y los ojos, siempre bondadosos, se habían estirado un tanto, lo que era motivo de bromas para sus amigos.

Tomaron desayuno en el centro y el muchacho acompañó a su madre a la oficina. ¡Con qué cariño y responsabilidad de hijo mayor la tomaba del brazo! ¡Con qué interés le conversaba de sus proyectos! Había recibido un regalo de su tía Olga, el día anterior: un hermoso libro de Radio con las últimas innovaciones y que pensaba leer con detención en el campo. También estaba tratando de conseguirse el libro de Magnet "El Padre Hurtado" que le había recomendado en una carta, su profesor de Castellano.

Las horas pasaban rápidas, deseosas de huir del acontecimiento trágico....

Después del almuerzo, fué con Fernando Ossa a acompañar nuevamente a su madre a la oficina. Se despidió de ella, ya que regresaba al campo, en la micro de seis de la tarde.

—Mijito; pórtese bien en Curacaví y de todas maneras, llámeme por teléfono todos los días....

—¡Bien, mamacita; hasta luego....!

Y la Sra Josefina se entró al Banco, pensando:

—Por Dios, ¡que voy a echar de menos al muchacho!

A las cinco y cuarto de la tarde se produjo la explosión.... en su pequeño cuarto estaba con Fernando Ossa, tratando de cerrar un frascó que contenía fósforo rojo y pólvora. Dios intervino en esos momentos; sobrevivió algunos minutos, corrió al living con sus bracitos sangrantes, tambaleándose y llegó a caer en los brazos de su padre. Por dos veces llamó:

—Papá, papá....

Calló un instante y así silenciosamente murió en sus brazos. Su alma, diáfana y ya liberada de la cárcel del cuerpo, había volado a comparecer ante el Ser Supremo.

Dios tomó para sí, nada más que a José Federico; un minuto antes, hizo abandonar la pieza a Luis Alberto y libró intacto a Fernando Ossa, que se encontraba al lado del muchacho.

El Creador había ya juzgado a José Federico, a nuestro buen muchacho, desaparecido de la tierra a los catorce años.

El P. Ibacache al verlo tan serio, eternamente callado en su frío ataúd no pudo menos que murmurarle:

—Muchacho, en verdad ¿estás ya en el cielo?

CAPITULO X

QUE SU RECUERDO NO MUERA

En apretadas líneas hemos querido presentar a un muchacho excepcional; a una criatura que pasó por esta tierra, irradiando el bien y la bondad para con sus semejantes.

Como hijo supo comprender el amor y sacrificio de sus padres y les brindó cariño y abnegación. Como hermano, supo inmolarse dejando a sus padres, el consuelo del pequeño Luis Alberto.

Como alumno tuvo los altos y bajos de cualquier niño normal, encauzando su último período escolar, por la senda de la corrección y el estudio.

Fué un cristiano convencido; un joven de la Congregación que amaba a Cristo y lo refléjaba a sus semejantes.

A sus profesores les hizo un gran bien; intimó con ellos y para varios de nosotros, las lecciones nos la dió él, con su sonrisa y comprensión.

Que su recuerdo no muera; que fructifique en aquellos muchachitos desamparados y raquíticos que una vez al año gozan de unas vacaciones en el campo o en la playa. Para tal efecto, se ha fundado la Colonia de Vacaciones José F. Stiven U., dependiente del Patronato Nacional de la Infancia.

Que esté siempre presente en nosotros; "El Centro de Amigos de José F. Stiven U." que surgió como un testimonio del aprecio de sus compañeros y conocidos, ayuda mensualmente

a dos niños, de la misma edad del muchacho, que se educan en dos Colegios de Santiago. A ellos les seguirá encauzando hasta que, egresados de la Universidad, puedan triunfar en la vida y ser útiles a Dios, a la Patria y a sus semejantes. Cada dos meses, "El Boletín Informativo del Centro de Amigos", da a conocer a los socios las actividades que se han desarrollado.

El Grupo Teatral del Colegio de San Ignacio, lleva ahora el nombre del querido muchacho. Sus noveles actores ven en José Federico un ejemplo y un símbolo. El en su vida, triunfó ampliamente en las tablas.

Todo esto se ha hecho por un muchacho; por un niño al cual hemos querido retratar en las líneas que ahora llegan a su fin. Dios lo ha premiado por su bondad y sacrificio y nosotros nos guiamos por él, en muchos actos de nuestra vida.

¡Animo y adelante, niños y jóvenes! En nuestra época aparecen también héroes y santos. Y héroes y santos que viven en nuestro ambiente, respiran la atmósfera muchas veces cargada de sinsabores, banalidades y orgullos que nos rodea, pero que dirigen su vista hacia lo Alto y saben decir "Todo lo puedo en Aquel que me conforta". Sean como José Federico que puso antes que todo, el ideal que agradaba a su Gran Jefe, y por eso se sacrificó, amando a sus semejantes.

Servir, sonreír, dar.... palabras que resumen su vida y sus ideales.

Pasó por la vida irradiando el bien, y lo continúa haciendo desde su Morada Celestial.

Por eso, su recuerdo no morirá.

Santiago, 12 de octubre de 1955.

I N D I C E

Prólogo
Capítulo I.—“Silueta Movediza”
Capítulo II.—“José Federico”
Capítulo III.—“Recuerdos del Primer Año de Humanidades”
Capítulo IV.—“Unos recuerdos desde el living”
Capítulo V.—“Alegres vacaciones”
Capítulo VI.—“Segundo Año de Humanidades”
Capítulo VII.—“Tercer Año de Humanidades 1953”
Capítulo VIII.—“Tercer Año de Humanidades 1954”
Capítulo IX.—“La Intervención de Dios”
Capítulo X.—“Que su recuerdo no muera”